

MUSEO DE LOS NIÑOS.

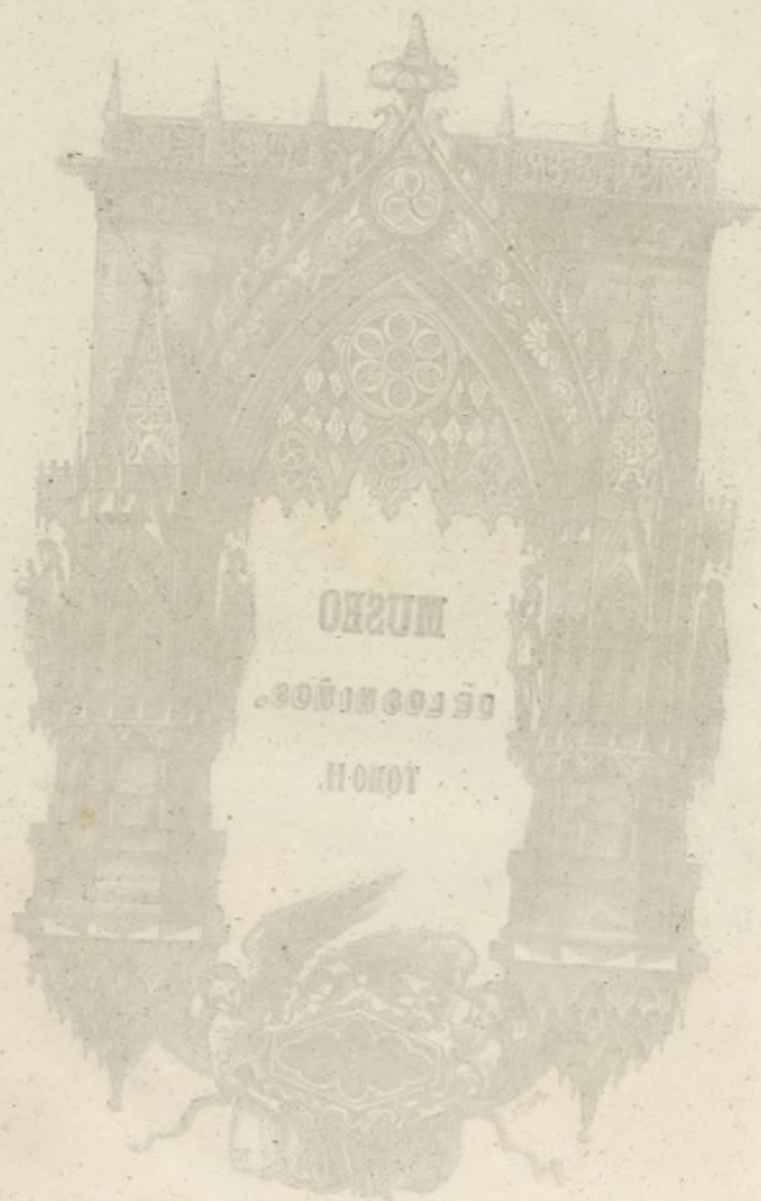
Ayuntamiento de Madrid

MUSEO DE LOS NIÑOS.

Madrid 1848.—Estab. tipog. de Mellado.

Ayuntamiento de Madrid





NIÑOS DE LA BIBLIA.



LA HIJA DE FARAON SACA DE LAS AGUAS AL NIÑO MOISES.

XIII.

MOISÉS.



Con el intento de recrearse en compañía de sus damas, y de bañarse en las aguas del río Nilo, salió un día de los alcázares de su padre, la joven princesa Thermutis, hija de Faraon el poderoso monarca del Egipto. Bajaba la princesa, seguida de otras doncellas, por aquellas deleitosas orillas que, inundadas en tiempo y sazón por las bené-

Enero de 1848.

ficas aguas del río y regadas después por la multitud de canales que en el terreno quedaban formados, le hacían ser uno de los más pingües del universo y tan nombrado por la abundancia de los granos, como por la bondad de los pastos. No se necesitaba allí en verdad, que el arte viniese en auxilio de la naturaleza para formar un delicioso jardín. El aspecto de aquella fértil campiña, cubierta de una espléndida vegetación, surcada por plateados raudales que formaban mil accidentes pintorescos en el terreno, constituía el más grato espectáculo, a cuyo realce contribuían los suntuosos edificios,

TOMO II. 1

Ignacio Hernandez

Ayuntamiento de Madrid

agradablemente situados en ambas orillas del Nilo.

Cuando la princesa y las damas de su séquito iban ya á entregar á las aguas del río sus delicados miembros, les llamó extraordinariamente la atención un objeto, que arrastrado al parecer por la corriente, había venido á detenerse en los cañaverales y plantas acuáticas de la orilla. Mandó la princesa á una de sus doncellas que fuese á ver lo que aquello pudiera ser, y la muchacha, metiéndose prontamente en el agua hasta medio cuerpo, levantó en sus brazos, prorumpiendo en una exclamación de sorpresa, una cestilla bien embetunada, y sacándola á la orilla la puso á los pies de su señora. Contenia la tal canastilla un niño tan robusto como hermoso, que gimiendo y levantando sus manitas hacia la princesa, parecía que imploraba su compasión.

Este niño, dijeron las damas, es uno de los hijos de los hebreos, y habrán tenido que arrojarle al río, conforme les está mandado.

—¡Pero es tan bonito! exclamó Thermutis, cogiendo al niño en su brazos: es tan agraciado, que es lástima que muera con todos los de su raza.

Incapaces eran aquellas mugeres de contradecir la voluntad de la princesa, pues por severa que fuese la orden de Faraon para exterminar á los hijos de los hebreos, sabian por otra parte que el monarca nada había de negar á su hija predilecta.

Al notar la benevolencia de Thermutis, cobró ánimo una muchacha que allí se había acercado, instigada por la curiosidad ó por algun otro secreto fin, y acercándose á la princesa, dijo:

—¿Quieres, señora, que vaya y te traiga una muger hebrea que pueda criar á ese niño?

—Traela prontamente, contestó la princesa.

Partió corriendo la muchacha y volvió á poco rato con una muger, á la que Thermutis preguntó al instante cómo se llamaba.

—Yo soy Jocabed, contestó, esposa de Amram, de la tribu de Leví, y esta muchacha (señalando á la que había ido á avisarla), es mi hija Maria.

—Está bien: dijo Thermutis, toma ahora este niño, nutrele y criale para mí, que á su tiempo tendrás tu recompensa.

Recibió la muger al niño muy afanosa entre sus brazos, le besó y acarició con maternal solicitud, y aseguró á la princesa al llevarse el niño, que sin recompensa ninguna haría muy gustosa cuanto le mandaba. Por tan singular suceso se dió al niño el nombre de Moisés, que significa *salvado de las aguas*.

No eran ya los reyes de Egipto aquellos primeros monarcas que tan generosos y tan compasivos se habían manifestado con el pueblo hebreo. Desde que había muerto aquel rey Faraon, tan señalado protector de Josef, todos los monarcas de Egipto habían ido degenerando de sus antepasados. El progresivo engrandecimiento y asombrosa multiplicación de los israelitas, les inspiraban serios recelos, y en la época de Moisés, ya los ingratos reyes de Egipto se habían convertido en perseguidores de aquel mismo pueblo que tan útil les era, y á cuyos antepasados tan singulares favores habían debido. Viendo que no podían atajar el incremento de los israelitas agoviándolos con pesados trabajos en la fabricación de la argamasa y ladrillo para aquellas gigantescas y maravillosas construcciones que han llegado hasta nuestros días, adoptaron la cruel resolución de prevenir á las parteras egipcias diesen la muerte á todos los niños hebreos á cuyo nacimiento asistiesen. Hallaron sin embargo aquellas compasivas mugeres medio de eludir el cruel mandato del monarca; por lo que irritado Faraon, dió orden de que irremisiblemente fuesen arrojados al río todos los varones que naciesen en el pueblo de Israel.

Entonces vino al mundo Moisés, y su madre Jocabed, al verle tan hermoso, despues de haberle retenido por tres meses en su poder, burlando el severo decreto de Faraon, que á tanto y mas alcanza el poder de una madre, tomó al fin, obligada por las circunstancias, la resolución de esponer al niño en la orilla del río en una canastilla de mimbres, dejando á su otra hija Maria á la

mira de lo que aconteciese. Así fué cómo, mediando en todo la providencia de Dios, que destinaba aquel niño á ser el libertador de todo un pueblo, llegó Moisés á ser protegido por la hija de Faraon y entregado á su misma madre para que le criase, en virtud de la diligente solicitud de su tierna hermana Maria.

Cuando Jocabed volvió á presentar el niño Moisés delante de Thermutis, después de haberle prodigado el maternal desvelo que requieren los primeros años de la infancia, quedó la princesa aun mas prendada del niño y de la belleza y magestad de su semblante. Desde luego le prohió como hijo suyo, y para

acreditarse una verdadera madre, convocó á los principales magos, que así llamaban entonces á los sábios en el Egipto, y les encargó procurasen al niño una brillante educacion, que es sin duda el mejor beneficio que los padres pueden hacer á los hijos.

Moisés, sin embargo, elegido por Dios para ser el libertador del pueblo de Israel, apenas tuvo edad y fuerzas para cumplir su vocacion, abandonó el palacio de los reyes de Egipto, para volver en compañía de Aaron á reclamar del monarca la libertad del pueblo hebreo, la que al fin obtuvo, después de grandes y portentosos milagros.

F. FERNANDEZ VILLABRILLE.

HISTORIA DE ESPAÑA RECREATIVA.

ESPAÑA ROMANA.

I.

VIRIATO.

Si bien es cierto que la república victoriosa nada debía temer de su rival, no lo es menos que los fieros hábitos y el espíritu indomable de los españoles, daban sobrado ejercicio al talento y valor de los pretores romanos. No todos los que dominaron los diferentes pueblos de la península fueron Scipiones; este célebre caudillo tuvo que alejarse de España por disposición del senado de Roma, y los que le sucedieron en vez de imitar su ejemplo, hollaron cruelmente á los vencidos, y les impusieron tributos tan exorbitantes, cuanto imposibles de satisfacer. De aquí provinieron frecuentes asonadas y alzamientos de tribus enteras, que poco acostumbradas á tan pesada esclavitud, quisieron en distintas ocasiones emanciparse de un yugo que tanto menoscababa su acreditada re-

putacion de independientes. Por espacio de medio siglo estuvieron los pretores haciendo uso liberal, ora del valor, ora de la perfidia pero pocas veces consiguieron reducir á muchas de aquellas tribus belicosas al estado de servidumbre en que procuraban ponerlas, siendo derrotados con ignominia algunos de los principales gobernadores de Roma. Tan abominable llegó á ser el nombre de la república enemiga en España, que si los diferentes pueblos que constituian esta nacion, se concertaran en número crecido y caminaran á un mismo fin, hubiesen sacudido el yugo que tanto les oprimia; pero por una fatal coincidencia, los celtibrios y los lusitanos eran entre si tan enemigos, como del comun contrario, cuya desavenencia mantuvieron en pie el oro y maña de los romanos, hasta que se sintieron todos amenazados de una completa esclavitud; y entonces se avinieron á formar una concertada liga, aunque de corta duracion.

El cónsul Lúculo y el pretor Galba penetraron en lo interior de la Lusitania con el siniestro fin de acabar con los habitantes de aquella tierra tan

fecunda en animosos combatientes: fueron tan continuas las rapiñas y crueldades de las legiones invasoras, y tan imposible á los lusitanos sostener una lucha tan desigual y en la que siempre sacaban la peor parte, que les vino en pensamiento el plan de una transacción y al cabo de algun tiempo, recibió Galba una embajada de varios pueblos de la ribera del Tajo, ofreciendo someterse á los romanos, previas honrosas condiciones y ratificadas por ambas partes. Aceptó Galba de buen talante y con prontitud la propuesta de los emisarios, y hablándoles con tono bondadoso dijo estas palabras:

—Venís al cabo de mis deseos; quiero mejorar la suerte de unas tribus ha tiempo tan abatidas; sereis trasladados del terreno donde morais, á otro mas fértil, y en donde disfrutareis de los productos de vuestros trabajos, para lo cual siempre contareis con la protección de Roma.... Venid en el número que querais, y á todos os daré tierras, haciendo con vosotros oficio de padre.

Tan lisongeras ofertas enloquecieron de gozo á los lusitanos, que en vez de un continuo desgobierno y de una guerra civil interminable, se regocijaban con la risueña perspectiva que podía ofrecerles un terreno habitado por hombres pacíficos y laboriosos, así como protegidos por nobles y ricos aliados. Treinta mil pobres españoles acudieron al campamento de Galba, quien los recibió con muestras de agasajo; dividiólos en seguida en tres cuerpos, al paso que les señalaba tres distritos para su residencia, y les obligaba á acampar en tres llanuras rasas.

—Soltad las armas, hijos míos, dijo á los lusitanos el mal intencionado pretor. Conoced que es arreo inútil y por demas embarazoso á hombres de vida pacífica y tranquila.

Los crédulos españoles se despojaron de sus armas; pero bien pronto se vieron cercados por tres cuerpos de caballería que pareció brotar la tierra, y que sin consideración hicieron la mas espantosa carnicería, siendo nueve mil el número de las víctimas que sucumbieron al rigor de la perfidia mas inusitada; los veinte mil restantes fueron

hechos cautivos y vendidos como esclavos en las provincias de las Galias.

Concluida la horrible matanza y el escandaloso cautiverio, varios de los lusitanos que tuvieron la dichosa suerte de escapar sanos y salvos de aquel terrible acto de barbarie y deslealtad, atravesando sendas estraviadas y cruzando cordilleras de montañas casi inaccesibles, lograron llegar á las márgenes del Tajo. Estos fugitivos, aunque reunidos allí en número muy escaso, ora lamentaban su infortunio, ora demandaban al cielo la mas estrepitosa venganza. Clamaban, gemían, juraban; pero inútil clamor, gemido y juramento, pues eran muy pocos para pedir cuenta del agravio á tan poderosos agresores. A este tiempo vieron venir á un hombre con andar precipitado, que traía en la mano un palo con un hierro en la punta á guisa de lanza; su barba era negra y espesa, sus cabellos largos y en el mayor desorden; su vestimenta aparecía rota y empolvada, y aunque de gentil talle y apostura, al ver su extraño modo de caminar, nadie hubiera dicho sino que estaba loco ó dominado por una vehementísima pasión. Habiendo llegado al sitio donde los demas estaban, clavó el palo en la arena, y enarcando las cejas, dirigió las siguientes palabras á sus compatriotas, que le habian estado contemplando quedos y suspensos.

—Nada hay en el mundo que enardezca mas al pecho generoso y noble, que la perfidia del cobarde y ruin: las almas grandes quedan en su mismo estado de grandeza cuando se ven abatidas por medios tan bastardos; el hombre infame, por elevado que sea, desciende rápidamente de su altura, pues le derriba y le confunde el mismo vil artificio que le ayudó en el logro de su victoria, y las futuras generaciones saben repartir con mano equitativa la execración para el triunfante, y la alabanza para el vencido. Vivan en criminal amilanamiento aquellos que no quieran acordarse que nacieron lusitanos, puesto que nosotros seremos bastantes á vengar poco á poco el inaudito atentado que Galba y sus traidores secuaces consumaron de una vez. ¿Qué

nos importa la fastuosa brillantez de sus lucidas y ordenadas legiones? ¿Qué la femenil acicaladura de sus pomposos y enorgullecidos capitanes? Para entrar en las lides solo se necesita oído atento á la voz del jefe, union y corazones amantes de su independencia. Si, mis valientes, mientras que el romano vence con sus deslumbrantes atavíos la liviandad de nuestras frágiles amazonas, nosotros regaremos con su sangre el suelo que villanamente conquistaron. ¿Os hace falta un hombre que os guíe, aquí me teneis; soy Viriato que abandono mi profesion de pastor, para convertirme en bandolero.... No será la victima de mi nuevo egercicio el menesteroso, ni el honrado; seamos de hoy el azote de esa numerosa gavilla de asesinos que inunda nuestro suelo.... Seguidme; presiento un porvenir risueño para la patria, que ya nos mira destinados á heroicas y levantadas acciones.

Habiendo escuchado los pocos que allí estaban semejante razonamiento, espresado con todo el ardor de un alma decidida y varonil, no pudieron por mas tiempo contener el impetu de la fogosa emocion que experimentaron, y atraidos por el lenguaje seductor de aquel hombre maravilloso, que como cosa bajada del cielo se les apareció, juraron seguirle á donde tuviese á bien encaminarlos.

Durante algun tiempo se limitaron las hazañas de Viriato á despojar á los avarientos invasores del botin que tenían recogido, y si una buena suerte le hacia descubrir algun cuerpo de tropas enemigas que aisladamente caminaba, acometiale nuestro guerrero con la velocidad y fuerzas del huracan, ocasionando horrible y numerosa matanza: adiestrado en este género de escuela, emprendió en lo sucesivo acciones mas temibles y arriesgadas. Era templado en su modo de vivir; rara vez se mudaba de ropa; despreciaba como cosa agena á las gentes de armas, el muelle descanso de la buena cama; pan y carne era su ordinario alimento, sin beber otra cosa que agua pura.

Cuentan los historiadores para dar una prueba del desprecio con que mi-

raba el regalo y las comodidades, el extraño comportamiento que usó en los festejos de sus bodas. Su suegro que era uno de los hombres mas ricos de la Peninsula, dió el banquete mas espléndido y sintioso en ocasion del casamiento de nuestro caudillo; los huéspedes eran numerosos, las mesas estaban llenas de platos de plata y oro, y atestados de los manjares mas esquisitos. A la hora de empezar la comida se presentó Viriato, llevando en su diestra mano la lanza que jamás abandonaba: acercóse á la mesa y de pie se trajo un poco de pan y carne, en tanto que los convidados se entregaban á la gula mas sensual. Seguidamente recibió la mano de su futura conforme al rito de aquellos tiempos, y no bien la ceremonia hubo finalizado, la subió á su caballo y partió á galope tendido, con direccion á las escabrosas montañas donde los suyos le estaban esperando.

Hasta cierta época, estuvo Viriato usando de estrategias, ya avanzando, luego retrocediendo ó esperando á sus contrarios en emboscadas; de cuya táctica sacaba gran provecho, pues era su gente muy visón todavía para esconderla en campo raso, á ser esterminada por veteranos bien disciplinados; pero llegó un tiempo en que los ejercitos lusitanos se batian frente á frente con las huestes romanas, que en muchas ocasiones se declararon en vergonzosa derrota, á punto de dar que pensar seriamente al senado de Roma, pues no creyó que una guerra de comienzo tan limitado por parte de los lusitanos, llegase á ocupar la mitad de las posesiones de la Peninsula.

Encargóse á la sazón Metelo de conducir un nuevo ejército á España, y viendo este general la disposicion en que se hallaban las tropas con quienes habérselas queria, varió de pensamiento y quiso entrar en tratos con el caudillo de Lusitania ofreciéndole la paz; admitiéndole de buen grado Viriato, siempre que mediaran condiciones honrosas, y en efecto se celebró el tratado por ambas partes, declarando libres á los lusitanos, y reconocidos por dueños absolutos del pais conquistado, como tambien por amigos y confederados

de Roma. Pasó el concierto á Roma para que el senado le ratificase, pero los inclitos senadores le desestimaron altamente, vituperando la conducta observada por Metelo, y mandaron muy luego para reemplazarle al pretor Quinto Servilio Cepion, autorizado para anular las leyes de aquel tratado y á fin de continuar la guerra con mayor encarnizamiento.

Reposaba tranquilo Viriato á la sombra del tratado, cuando vió de improviso inundado de tropas romanas su territorio, y no acertando á dar con la causa de tan inesperado rompimiento, llamó á su tienda á tres de los principales capitanes, que eran Aulaco, Ditalco y Minuro.

—¿Es así, les preguntó, como se porta la nacion confederada? ¿Es de inclitos varones, quebrantar los juramentos?

—No, respondió Ditalco, pero trompas hay en los ejércitos para convocar de nuevo á nuestra gente á la pelea.

—Cordura, Ditalco, interrumpió el noble caudillo; nunca fué buena la precipitacion en asuntos de tanta gravedad: antes que reunir mis tropas en son de guerra, pretendo saber la causa que ha tenido Cepion para romper de esa manera la paz concertada. Sed mis fieles emisarios; penetrad en su campamento y preguntadle lo que saber deseo, y si tenaz persiste en ser nuestro enemigo, Viriato se encuentra pronto á continuar la guerra, pues el estrépito de las armas, y el clarín sonoro convocando á los combates, fué siempre su mayor contento.

Partieron los tres capitanes hácia el enemigo campamento, y en llegando á la presencia de Cepion, le preguntaron de parte de su caudillo los motivos de la agresion, tan páfida como inesperada. El gefe romano dió á los enviados muy cortés y cumplido acogimiento, y antes de satisfacer la demanda de sus contrarios llenó las copas de oro, que sobre la mesa tenia, de un esquisito licor y les suplicó que bebiesen. Ditalco, el mas esperto de los tres, rehusó el obsequio en un principio; mas instigado por sus conmiltones aceptólo al fin de buen grado. El alma ruin de Cepion aprovechó esta ocasion para

seducir la fidelidad de aquellos tres hombres echando mano de la lisonja, y manifestándose estremadamente dádivo en recompensas y galardones, conque los avarientos capitanes se resolvieron á sacrificar á su heroico general.

Acompañados de su criminal intento entraron los seducidos en la tienda de Viriato, quien esperándolos impaciente, se adelantó hácia ellos con la sublime magestad que tan de suyo era. Dió la mano á Ditalco y le preguntó: —¿Tiembas, capitán!

—¿Qué razon hay para ello, le respondió Ditalco, llamando en su ayuda á la serenidad que no tenia.

—Si, tu mano tiembla, observó Viriato; tus compañeros vienen pálidos y silenciosos.... Sin duda no quedásteis satisfechos de la respuesta de mi contrario. Pues bien, ¿á qué temblar? ¿No sois soldados viejos? ¿no estais acostumbrados á los azares de la guerra? Minuro, prosiguió, tu semblante está algo mas sereno, dime lo que Cepion ha respondido.

—Que continuará la guerra, repuso Minuro.

—El la quiere, dijo Viriato; pongamos á prueba nuestros esfuerzos; la época del vencimiento no está distante para alguno de los dos. Y para que veais que acojo su propuesta con buen deseo y con la tranquilidad de los valientes, os doy un grado mas sobre los que teneis por la mision que tan fielmente habeis desempeñado, y es mi voluntad que en llegando la noche se iluminen todas las tiendas de mi campamento, y en cada una de ellas haya un festin en que se inaugure la nueva guerra que se prepara.

Llegó la noche; las tiendas se iluminaron, y en toda aquella dilatada llanura no se vió mas que el contento y la embriaguez: solo un hombre, único en su tienda, meditaba soñoliento en sus futuros planes de campaña. Era Viriato. A la madrugada tres guerreros se aproximaban á su tienda en medio de la mas estúpida embriaguez.

—¡A la espalda! gritó un centinela. ¡Nadie puede entrar en la tienda del general!

—¡Osado! gritó Aulaco, que era el mas embriagado. ¿No sabes que á nosotros no se nos niega?

El centinela no le dejó proseguir, pues habiendo conocido á los capitanes mas queridos de Viriato, dijo:

—¡Perdon! no conocí á mis capitanes.

Estos penetraron en la tienda y vieron á Viriato tendido en el suelo abrazado á su lanza, pero entregado al sueño mas profundo. Los traidores se miraron, y por signos se preguntaron á quien le correspondia ser el primero en dar la primera estocada. Ditalco entonces desnudó su espada, y dispues-



to á descargar el tremendo golpe, retrocedió con pavor.

—¡Aun dormido es respetable! dijo entre dientes.

A estas palabras despertó Viriato, pero en ocasion en que los tres capitanes tenian desenvainados los mortíferos hierros.

—¿Qué vais á hacer? dijo incorporándose, pero volvió á caer bañado en su sangre, y con las agonias de la muerte.

—¡Ingratos...! ¡Viles...! ¡Esto teniais reservado para mí... para mí, que he sido vuestro padre... socor...

No concluyó la frase, pues los asesinos concluyeron antes con él.

Ocultaron su cuerpo con las cortinas interiores de la tienda, y marcharon en seguida al enemigo campamento,

llevando sus espadas enrojecidas con la sangre de aquel héroe digno de una suerte conforme á sus altas prendas. Al asomar el sol en el Oriente, fué testigo de la desesperacion de los lusitanos; pero aunque corto castigo á tamaño crimen, consuela saber, que los odiosos criminales se quedaron sin la ofrecida recompensa. Cepion se alegró de la nueva, pero espulsó con baldones á los asesinos. (1)

Con la muerte de Viriato perdió la Lusitania la esperanza de recobrar en mucho tiempo su libertad.

I. A. BERMEO.

(1) Nunquam, les dijo, romani placuisse imperatorem á suis militibus interfecti. *Eutropio*, lib. IV, cap. XVI.

APUNTES MORALES.

INFANCIA DE CRISTINA DE SUECIA.

1.

Una barca conducida y hábilmente gobernada por la mano de un hombre robusto, encaminaba su rumbo hacia el Rittelhom llevando á un joven viajero francés, el que sentado en la proa sobre un fragmento de tapicería, dirige á todas partes su mirada indagadora, admirado al ver tantos objetos enteramente nuevos para él y presentados con singulares atractivos. Aquellas casas de tosca arquitectura y revestidas de estuco, sus balcones que armonizaban con su construcción, aquellas calles tortuosas, la actividad comercial, el conjunto de árboles que coronaba algunas islas, las fábricas cuyas chimeneas vomitaban un humo espeso; y por último, la gravedad de los habitantes, todo esto era un asunto de prolija observación para el viajero.

Supo casualmente que el barquero que llevaba á su lado había servido en otro tiempo en Alemania bajo las órdenes del duque Bernardo de Sajonia Weymar, uno de los gefes de la liga protestante contra la casa de Austria, y que retirado á las orillas del Rhin á consecuencia de un combate desigual, había podido, con algunos de sus compañeros, pasar á Francia á cuyo servicio se había alistado; este hombre hablaba medianamente el francés, lo que fué de grande alivio para el marqués de Puysais, que tenía una multitud de preguntas que hacerle.

—¡Vive Dios! dijo el barquero, tan verdad como me llamo Wamba, que no he visto jamás un caballero tan maravilloso de las cosas de este país. Yo

sabía perfectamente que mi Suecia presentaba á todo viajero, mas de una curiosidad.... Y sin embargo, en el ejército mis camaradas se burlaban de mí diciéndome que mi país no era mas que un pedazo de roca cubierta de nieve.

—Se equivocaban, respondió gravemente el marqués, ó mas bien dicho, fingían equivocarse para escitar tu cólera patriótica. Yo admiro la voluntad perseverante que ha triunfado de los elementos, que ha desafiado al mar, al frío, que ha fundado una capital floreciente á orillas del sombrío Báltico.... He oído decir que la Suecia contenía otras ciudades no menos notables.

—Ciertamente, mi joven señor; tenemos aquí y allí dignas hermanas que colocar al lado de Stockholmo; por ejemplo, Upsal, con su universidad donde estudian los hijos de las nobles familias; Nyhøping, una de nuestras mas antiguas ciudades, donde existe el famoso palacio que nuestros reyes habitaban en otro tiempo, y Sala, edificada por nuestro querido monarca el grande Gustavo Adolfo.

La emoción que esperimentó el barquero, pronunciando el nombre del célebre capitán, le ahogó la voz: Wamba creyó que era su deber en aquel momento quitarse su gorra de paño guarnecida de pieles; despues comenzó á remar con mayor empuje, en tanto que el marqués de Puysais admiraba el anfiteatro que formaba aquel sin número de calles vistas desde el puerto; en seguida dirigió su mirada á Wamba y le dijo con una delicada sonrisa:

—Mucho te entusiasma Gustavo Adolfo por lo que veo.

—Le amo, le venero, le admiro; viviría prosternado á sus pies.... ¡Un hombre tan grande! ¡Encontrareis en toda la Europa un héroe semejante á

él?... ¡El vencedor de Riga, el libertador de Stralsund, el invencible guerrero, que desde el Vístula hasta el Danubio y al Rhin, ha derrotado á los mas célebres generales del Austria! Dejad andar al tiempo, que algun dia Gustavo Adolfo, que Dios proteja, nos llevará á Viena, y entonces será preciso que los siete electores coloquen sobre su cabeza la corona imperial, porque la habrá ganado.

—Admiro, como tú, el valor impetuoso, la prudente sabiduría y las demas virtudes de tu rey, pero me cuesta trabajo creer que la fortuna pueda ser constantemente fiel á los estandartes dt Gustavo Adolfo.

—¿Sois, por ventura, amigo del conde de Tilly ó de Wallestein, de estos generales austriacos? preguntó el barquero frunciendo el entrecejo.

—No, amigo mio; me haces poco favor en sospechar una cosa que no existe, y mas cuando debes saber que el rey de Suecia está ligado á la Francia.

—En buen hora; yo no debo enfadarme, porque teneis el aspecto de un valiente y digno caballero. A propósito, me habeis dicho que os condujera al palacio; esta calle que veis nos llevará derechamente á él.

—Gracias, Wamba.

—¿Cuánto envidio vuestra suerte! Vais á ver á la hija de nuestro soberano, á la donosa Cristina.

—Haré todo lo posible porque me presenten á ella.

—No será difícil que lo consigais... no bien os vea en alguna galería, mandará á uno de sus pages para que pregunten el nombre y la cualidad del viajero francés..... ¡Ah! es una criatura angelical, y durante la ausencia de su glorioso padre, es la hija del pueblo de Suecia.

—Si tengo el alto honor de verla y hablarla, le manifestaré tu sincera adhesión.—Espérame aquí Wamba; dentro de una hora estaré de vuelta.

El marqués de Puysais desprendió de sus hombros para dejar en la barca, una grande capa de paño, que hasta entonces habia estado ocultando un magnifico y elegante vestido de corte del tiempo de Luis XIII, y saltando en

tierra se encaminó al palacio; á su llegada se hizo anunciar por medio de una carta al canceller Oxenstiern, encargado interinamente de los negocios del estado, y mientras que pasaban á dar cumplimiento á su pretension, el marqués apoyó su brazo izquierdo sobre un rico pedestal de la galería, y permaneció, tomando una graciosa posicion, el tiempo que fué necesario para pasar aviso al mencionado canceller. Un page llegó á decir al marqués que su excelencia le esperaba, y conduciéndole por anchos y casi interminables salones, llegó al gabinete donde Oxenstiern solia celebrar sus audiencias. El marqués acostumbrado á la riqueza de los aposentos del Louvre, y de las demas residencias reales, observó con sorpresa la sencillez de los muebles y demas adornos de la estancia; pero su atencion se fijó principalmente sobre Oxenstiern, quien de pie y con la cabeza descubierta, escuchaba cuanto el de Puysais decia con una gravedad magistral.

—Señor, dijo el marqués inclinándose respetuosamente, traigo para vos cartas de su eminencia el cardenal de Richelieu, que contienen negocios particulares, á los cuales me debeis contestar.

—Caballero, respondió el canceller, un enviado del primer ministro de Francia, siempre será bien recibido en Suecia. Ninguno aprecia mas que yo la gran politica de hombre tan eminente como el cardenal, y aun cuando él haya trabajado contra los protestantes de la Rochelle, y nosotros los hayamos defendido en Alemania, no por eso dejo de rendir un justo tributo de homenaje á su gran saber; es un hombre de genio, y la monarquia en favor de la cual consagra sus talentos será en su dia la mas respetable de Europa.

—Su eminencia me ha encargado os diga las emociones de tristeza que experimenta su corazon.

—¿Porqué?... Hablad con entera libertad, caballero.

—El cardenal vé con pena el estado de abatimiento en que se encuentra sumergida la Alemania, empeñada en una guerra cuyo desenlace es muy di-

ficil presagiar, en vista de los bandos que arrancan sus despojos, hallándose enemigos aun entre sus mismos defensores: su eminencia es de parecer, que seria oportuno y conveniente detener el torrente de tantos males, y que acaso, el decaimiento de la casa de Austria no deberia llegar hasta su ruina, por-



que esto engendraría un nuevo motivo de discordias, pues todos los vencedores se disputarían los despojos del vencido, y una repartición casi imposible de efectuar haría aparecer una nueva lucha interminable.

—Entiendo; la Francia desearía que Gustavo Adolfo limitara sus conquistas.... ¿Y es á mí, á quien el cardenal encarga el cuidado de esta negociación?

—Si, monseñor, vuestra juiciosa moderación nos hace esperar....

—¡Silencio, señor marqués! seguiremos luego, porque se acerca la princesa Cristina.

Una niña de seis años entró en este aposento; estrechó las manos de Oxenstiern, y en seguida volviéndose hacia el marqués, observó que el extranjero se había levantado con presteza y que la saludaba respetuosamente.

—Señora, dijo el canciller; permita vuestra alteza que le presente un viajero francés.... El señor marqués de Puyssais.

La princesa hizo una ligera inclinación de cabeza y respondió con un aire grave que desmentía su rostro infantil:

—¿Hace mucho tiempo que el señor marqués ha llegado á Suecia?

—Tres horas, señora; no bien desembarqué, vine á presentar mis respetuosos homenajes á la hija del gran Gustavo Adolfo.

—¿Habeis estado en Alemania? ¿No habeis visto á mi padre?

—Nunca he tenido ese honor.

—Nos ha dejado para irse muy lejos con su ejército.... y le esperamos.... Yo sobre todo.... ¡Yo era tan chiquita cuando partí!....

Dicen que me dió un beso aquí en esta megilla....

—Tened esperanza, señora, el rey vendrá muy pronto.

—El cielo os escuche, caballero, interrumpió Oxenstiern dando un suspiro y clavando su mirada en el cielo.

Cristina se sonrió, y acercándose mas al marqués le dijo:

—Yo estoy muy contenta; si, yo pienso que mi padre volverá á entrar dentro de poco en su buena ciudad de Stockholm.... Esto no quiere decir que yo esté á disgusto.... si, no tengo tiempo tampoco para estarlo.

—¿Está muy ocupada vuestra alteza?

—¡Oh, si, mucho.... estoy aprendiendo el francés y el latín.

—¿El latín?

—Si, marqués: en este momento acabo de dar mi lección; ya es bastante trabajo por hoy, ¿es verdad, buen canciller?

—Ciertamente, respondió Oxenstiern, pero si vuestra alteza estudia tanto, no

es culpa mía, porque así lo quiere....

—Si, yo lo quiero; y sería muy grato para mí llegar á ser con el tiempo la muger mas sabia de toda la Europa... escuchad, marqués; esta noche doy un baile.... porque es menester que la corte se divierta un poco. He convidado á las niñas amigas á quienes quiero mas; todas traeran un mismo vestido, el de las aldeanas de la Delacardia.... que cosa tan bonita será, ¿no es cierto? Las señoras y los caballeros no tendrán permiso para bailar, pues solamente nos miraran.... ¿Qué decis de mi fiesta?

—¿Que será deliciosa! exclamó el marqués.

—Pues bien, si no teneis inconveniente en asistir á ella, os convido.

—Es un honor el que me dispensa vuestra alteza, que no puedo por menos que mostrarme sumamente reconocido.

—¿Aceptais?

—¿Puede dudarlo vuestra alteza?

—Pues esta noche, contad con mi mano para el primer minué.

Y haciendo una graciosa reverencia, se alejó la donosa princesa dejando al canciller y al marqués que volviesen á tomar el hilo de su narración interrumpida por su inesperada aparición.

II.

Llegó la noche; la ciudad comenzaba á sumergirse en el mas profundo silencio; algunas lámparas de metal alumbraban las tiendas que aun permanecian abiertas, mientras que los marineros y los artesanos acababan de cenar y se dirigian á las tabernas. La calma del mar, armonizaba con la de la ciudad; por uno de sus incompresibles caprichos, el Báltico no agitaba sus sombrías olas; pero en tanto que Stockholm, aparecía lúgubre y respirando tristeza, el palacio estaba vistosamente iluminado escuchandose desde la calle el continuado murmullo del movimiento interior; las vistosas arañas que alumbraban los salones reflejaban en los espejos de Venecia, al mismo tiempo que prestaban lujo y magnificencia las colgaduras de seda formando elegantes pabellones, y los

suntuosos cuadros que adornaban el aposento de rey, y especialmente un salon de mediana estension donde Cristina habia querido recibir á sus jóvenes amigas, con aquella firmeza de voluntad que mas tarde se desarrolló tan bien en ella.

A una estremidad del salon estaban sentadas formando un semicírculo, las señoras alegres y risueñas y muy dispuestas á divertirse con las escenas infantiles que iban á presenciar; frente á estas señoras y en un sillón elevado en una especie de dosel, aparecía Cristina gravemente sentada con un abanico en una mano y con un ramo de flores en la otra; la princesa tenia puesto un hermoso vestido blanco guarnecido de oro; sujetaba sus cabellos una cofia de finisimas perlas; á medida que iban entrando las convidadas, se dirigían á la joven princesa y la saludaban, y los caballeros, de diez, doce y quince años recibían de Cristina un saludo ceremonioso.

A la llegada del marqués de Puysais, se levantó entre los concurrentes un rumor, y todas las miradas quedaban fijas en el extranjero, que con tanta gracia y finura lucía el elegante vestido de su nacion: el francés pasó á rendir sus cumplidos á la princesa, la cual tomando un aire singular de coquetería, y agitando su abanico como lo habia visto hacer á las otras señoras de la corte, dijo al marqués:

—Mucho habeis tardado, caballero.

—Vuestra alteza es muy buena de haberse apercibido de ello.

—¿No vivís en el palacio?

—No señora; uno de mis compatriotas, que hace muchos años ha fijado su residencia en Stockholm, me ha ofrecido un aposento en su casa.

—No importa; yo diré al bueno de Oxenstiern... A propósito, miradle qué magestuosamente se pasea por el salon; ¡si parece un maestro de ceremonias!

—Acaso impondrá silencio á vuestros jóvenes convidados, que me parecen tienen excelentes disposiciones para hacer ruido.

—Delante de mí ellos no se atreverán... ¿Qué os parece mi baile?

—Muy bonito.

—Me lisongeaís; este no será tan bueno como los que se celebran en Francia.

—Al contrario, me ha parecido haberdado la vuelta á París. ¿Qué haceis, señora?

—Doy la señal á mi orquesta.

—¿Vuestra alteza se acuerda de su promesa de esta mañana?

—No la he olvidado, esta es mi mano.

La princesa se levantó y los demás hicieron otro tanto. Cristina bajó de su dosel, y conducida por el marqués se situó en el centro del salon; ne tardó mucho en organizarse el minué, con aquellos niños de rostros sonrosados y risueños, que presentaban el cuadro mas chistoso y atractivo que puede concebirse; comenzaron á bailar, y apenas podían sostener el paso mesurado y grave que exigen los repetidos y solemnes saludos del minué; en medio de esta reunion de bailarines, sobresalía el marqués como un gigante, mirándole los unos con curiosidad y los otros (que era el mayor número) con envidia.

El baile duró cerca de media hora, al cabo de cuyo tiempo llegó un ugiere de palacio, y en voz baja dijo al canceller que un mensajero queria entregarle despachos reservados.

—Que entre, contestó Oxenstiern sin turbarse, pues aquel espectáculo le divertia.

—Ya se lo he dicho; pero añade que se trata de un secreto de estado tan urgente como interesante.

Oxenstiern palideció; lo primero que pensó fué que se habia perdido alguna batalla, y el sabio economista, como buen patriota, iba ya interiormente ajustando las cuentas de los gastos que era preciso hacer, y el nuevo ejército que era menester levantar.

Al poco tiempo de haber salido, fueron mandados llamar con misterio, diez diputados de la órden de la nobleza, que estaban en el salon del baile con sus hijos, lo que no fué muy difícil de reunir; á la media hora, llamaron tambien al marqués de Puysais, y no pudo menos que observar el extraño contraste que se presentaba á sus ojos, pasando de un rico y suntuoso salon

animado por un baile, á una sala débilmente alumbrada, donde aparecian sentados al rededor de una mesa varios hombres graves y silenciosos. Oxenstiern señaló con el dedo á un sillón forrado de cuero donde debia sentarse y en seguida tomó la palabra en los términos siguientes:

—Señor marqués; circunstancias imprevistas hacen que alijereis vuestra partida, y os sirvais dar á su eminencia el cardenal de Richelieu una contestacion mas pronta que lo que esperabais. Para el efecto un navio os espera en el puerto.

—¿Y qué es lo que tengo que decir á su eminencia?

—Decidle, que la Suecia, quiere mas que nunca aliarse estrechamente con la Francia, y que esperamos dar muy pronto la paz á toda la Alemania: tomad, caballero, estas cartas que contienen la expresion motivada de nuestros sentimientos.

El marqués tomó los papeles que le presentaba el canceller, y despues de haberlos repasado con brevedad, se alejó de aquella estancia para entrar en el salon del baile y despedirse de la princesa, la cual desde que le apercibió dejó entrever una viva satisfaccion.

—¿Os hallamado el canceller? preguntó ¿Qué hay de particular? No sé porqué me siento triste en este momento.

—Me seria muy difícil poder satisfacer á vuestra alteza; he recibido cartas que me eran muy necesarias, y voy á alejarme.

—¿Vais á partir?

—Sí, señora; muy pronto, y lo siento; pero es mi obligacion principal obedecer las órdenes de mi corte....

—¿Cómo!... ¿No esperais á que el baile se concluya?

—Imposible, señora.

—Está bien, caballero Puysais; algun dia nos encontraremos en Francia; mi corazon tiene ese presentimiento.

El marqués saludó respetuosamente á la princesa, y no pasó mucho tiempo sin que se encontrara fuera del palacio; con grande admiracion, observó numerosos grupos que se habian situa-

do cerca de la puerta principal, y que se componian de hombres del pueblo, marinos, soldados y remeros; pero estos grupos no tenian nada de sediciosos; hablaban en voz baja y con cierto misterio, y el nombre de Gustavo Adolfo era el que mas se pronunciaba entre aquella gente dirigiendo sus miradas hacia el palacio. Cuando se aproximó el marqués se oyó un sordo rumor, y uno de los barqueros que allí estaban, lanzó un grito de sorpresa, al mismo tiempo que salia de un grupo y se ponía delante del de Puysais, levantando su linterna á la altura de su cara á fin de ser reconocido por el extranjero.

—¿Wamba! exclamó este último.

—El mismo.

—¿Qué haces, amigo mio? yo te hacia durmiendo.

—¿Dormir! cuando circula por la ciudad la nueva mas horrorosa.

—¿Qué dicen?

—Dicen..... aseguran que nuestro gran rey....

—Acaba.

—Está herido de gravedad.... Añaden hasta que....

—¿Qué habrá succumbido?

—Como lo decís.

—No, no; es imposible; Dios no habrá querido terminar tan pronto su glorioso destino.

—Gracias; vos nos dais esperanzas.

—Adios Wamba; toma este bolsillo y bebe á mi salud, y a la de Gustavo Adolfo.

Y tomando su capa, se alejó al tiempo que la frenética multitud repetia. «Viva Gustavo Adolfo.»

Mientras esto pasaba fuera, el canceller habia rogado á Cristina que se sirviera entrar en la sala donde poco antes habia estado el marqués; la joven princesa, penetró allí pálida y conmovida; todos los nobles caballeros se pusieron de pie, y Oxenstiern hincó la rodilla delante de Cristina.

—¿Qué haceis? le preguntó.

—Saludar á mi soberana.

—¿Dios mio! exclamó la niña con los ojos llenos de lágrimas: ¿no tengo padre ya?

—Vuestro padre... está en el cielo.

y vos, hija mia, sois ahora la reina de Suecia.

Para que nuestros jóvenes lectores tengan una idea mas acabada de esta célebre reina, añadiremos á lo que hemos traducido lo siguiente. Cristina de Suecia, hija de Gustavo Adolfo y de María Eleonora, princesa de Brandeburgo, nació el 8 de diciembre de 1626. Como el único apoyo de su trono, quiso su padre que se esmerasen en su enseñanza, y que al par fuese educada de una manera varonil. Cuentan, que habiéndola llevado cierto día á la fortaleza de Calmar, cuando apenas contaba tres años, y temiendo el comandante hacer las salvas de artillería en presencia de la augusta niña, dijo Gustavo. «Disparad sin temor, que es hija de un soldado, y es preciso que poco á poco se acostumbre al estrépito de los cañones.» A los seis años fué proclamada reina de Suecia, y se encargaron de la regencia y tutoria cinco dignidades, célebres por su probidad, patriotismo é inteligencia, entre cuyos individuos figuraba como el principal el canciller Oxenstiern. Dotada Cristina de una imaginación viva y de una memoria muy feliz, hizo progresos maravillosos en las ciencias, y aprendió en poco tiempo las lenguas antiguas, la historia y la geografía, desdenando las diversiones propias de su edad para entregarse al estudio. En 1612 la empeñaron á tomar las riendas del gobierno; mas ella se opuso alegando su corta

edad, y hasta dos años despues no se encargó de los negocios del estado, señalando sus primeros pasos con el término que puso á la guerra de Dinamarca; espidió muchos edictos ventajosos al comercio y perfeccionó las instituciones sabias y literarias creadas en los reinados anteriores. Las ciencias, las bellas letras y las artes fijaron particularmente su atención, y se privaba con frecuencia del sueño para entregarse al estudio; compró cuadros, medallas, manuscritos, libros raros, y siguió correspondencia con muchos sabios de Europa llamando á otros á su corte. Circunstancias particulares hicieron que Cristina renunciase al trono, y cuando se hallaba en la edad de veinte y nueve años, reunió los estados en Upsal, y en su presencia se despojó de las insignias reales y las puso en manos de Carlos Gustavo á quien habia nombrado sucesor. Viajó mucho, hizo despues una solemne abjuración y reconoció la religion católica en Inspruck en la catedral de aquella ciudad. Fijó luego su residencia en Roma donde falleció, el 19 de abril de 1689: su cuerpo fué depositado en la iglesia de San Pedro, y el papa hizo que la erigiesen un monumento con una larga inscripción, aunque ella misma pidió que únicamente pusieran en su sepulcro estas palabras *Vixit Christina annos LXIII*. Dejó escritas algunas obras, poco profundas, pero que pintan su carácter y la conducta que observó en el curso de sus días.



LA CATEDRA EN EL CAMPO,

Ó SOLACES DE UNA FAMILIA PROSCRIPTA (1).

INTRODUCCION.

Don Casimiro Ortega y su esposa doña Ana Pastorlido vivían felices en Madrid en compañía de sus dos hijos, Ramon y Carolina, el primero de edad de cuatro años y de cinco la segunda; pocas personas habrán olvidado los desastrosos acontecimientos de que fué víctima el pueblo madrileño el día 2 de mayo de 1808. Hacer la prolija descripción de un cuadro tan siniestro, contribuiría á entristecer el ánimo de nuestros jóvenes lectores, y repetir una escena sangrienta, de la cual se han ocupado escritores muy aventajados, logrando generalizar los sucesos de aquella época de trastornos y ferocidades. Don Casimiro, como todo buen español, si bien no corrió á las armas, y presentó su pecho á los frenéticos ataques de aquella soldadesca invasora y desenfrenada, lamentó sus consecuencias, y acaso conociendo con su talento tranquilo y previsor la nulidad de sus esfuerzos, reprimió su justa indignación, y no quiso esponerse á dejar á una muger sin esposo y á dos hijos sin padre. Cesaron un tanto estas deplorables circunstancias al cabo de seis años, y comenzó una nueva persecucion entre los mismos españoles contra aquellos hombres, que por puras simpatías hacía los extranjeros ó por sus fines particulares, habían desempeñado cargos públicos durante el transitorio dominio de los soldados de Napoleon; entre estos ambiciosos apóstatas había un joven que

se distinguía por su singular talento, y que no habiendo podido emigrar y estrechado por el gran número de enemigos que lo perseguía, contando con la sincera amistad de don Casimiro, pasó una noche á su casa disfrazado, y manifestándole su conflicto le pidió un asilo en su morada. Don Casimiro guiado por los instintos de su buen corazón, lejos de negarle la hospitalidad, olvidó sus errores, y sin recordar si quiera su bastarda conducta en los pasados tiempos, acogió bajo su amparo al que con tantos extremos encarecía su apoyo.

Con la tranquila posesion de este refugio pudo nuestro joven preparar con mas desahogo los elementos que habían de sacarle á salvo del inminente riesgo que le amenazaba, emigrando á un país extranjero, cuyo plan contribuyó mucho á poner en práctica don Casimiro, por que pensaba. (y no sin fundamento) que de prolongar su permanencia en la corte, por mas vigilancia que se tuviera, el ojo perspicaz de la ventanilla descubriría, cuando menos lo pensara, el asilo de la victima que deseaba sacrificar.

Por último, una noche, y á hora bastante avanzada, el joven protegido daba la mano á su bien hechor, casi con las lágrimas en los ojos, asegurando, lo mismo á él que á su complaciente esposa, que siempre quedaría grabado en su memoria el recuerdo de una acogida tan desinteresada, y sin pasar mas adelante en sus tiernas emociones, por que don Casimiro se lo impedía, pues deseaba verle cuanto antes libre de todo peligro, se ausentó el fugitivo, no sin que le acompañase su protector.

Pocos momentos despues, doña Ana

(1) Con este epígrafe nos proponemos publicar una serie de artículos que abracen toda la parte científica del periodico, bajo una forma amena y agradable.

que habia estado esperando á su esposo con la mayor impaciencia, le vió entrar en la sala.

—¿Se ha salvado? le preguntó.

—Ya vá de camino y difícilmente será descubierto.

—Dios le favorezca.

Transcurrieron algunos dias sin que aconteciese nada que merezca llamar nuestra atencion; pero una noche que don Casimiro se dedicaba á la lectura de un libro entretenido que leia á su muger y á sus hijos, recibió una carta concebida en estos términos,

«Señor don Casimiro Ortega; hace una media hora que un criado que ayer fué expulsado de su casa de vd., se ha presentado al gefe principal de la policia acusándole de afrancesado, y añadiendo que ha dado vd. asilo á un afiliado en las banderas del funesto em-

perador. Conozco á vd. demasiado; sé los sanos principios que profesa, y las razones que debe haber tenido presentes para dar acogida al espresado sugeto; por lo tanto, siendo yo el encargado de hacer esta misma noche el arresto de su persona, me ha parecido conveniente darle este oportuno aviso á fin de que emplee cuantos medios estén á su alcance para que no tenga efecto la mencionada prision. Suyo, etc.»

Queda á la consideracion de nuestros lectores el aturdimiento y confusion que experimentaria esta virtuosa familia con la lectura de semejante papel; pero en lugar de gastar un tiempo precioso en inútiles lamentos, á vista de un plazo tan breve y perentorio, se procuró evitar un conflicto mayor. Don Casimiro sacó de su casa aquellas alhajas que una vez confiscadas, segun costum-



bre de estos tiempos, pudieran reducirle á la mendicidad; provisto de dinero, de ropa blanca y de los utensilios mas necesarios á tan formal espedicion, mandó enganchar el coche de camino que poseia, y á las dos de la madrugada nuestra familia proscripta transitaba por el camino de Aranjuez. Ocho dias

despues llegaron los fugitivos viajeros á una deliciosa posesion situada en el término de Ecija, propiedad de don Casimiro.

A los pocos dias de haberse instalado allí, recibió carta del sugeto que se habia encargado de ponerse al frente de su casa en la corte, manifestándole

que la justicia no habia egercido todo su rigor teniendo presente su honradez y las demas cualidades de buen ciudadano que le adornaban. Con tan buena nueva se tranquilizó esta familia; pero determinó don Casimiro hacer mas larga su residencia en la referida casa de campo, para lo cual mandó por algunos muebles, y adornó las habitaciones de la campestre mansion. Una mañana llamó á sus hijos, y en presencia de su buena esposa, les habló en los términos siguientes:

—Hijos míos, aunque la justicia ha conocido mi inocencia y tácitamente me consiente volver á mi casa, he resuelto, mientras dura la efervescencia de las pasiones, no esponerme á nuevas calumnias y ser una víctima desgraciada de mis propios compatriotas. Permanezcamos en este tranquilo albergue; mucho lo siento en verdad, especialmente por vosotros, hijos míos, porque careciendo de colegios donde poder cultivar las ciencias que hacen al hombre digno y estimado de los demas, me veo precisado á erigirme en preceptor vuestro, y haceros partícipes de mis conocimientos por limitados que sean; pero en vez de establecer una cátedra rígida y obligatoria para mis queridos educandos, en lugar de hacer alarde de una vasta erudicion y de emplear pomposos razonamientos que solo fatigarían vuestra imaginacion no acostumbrada al estudio, os hablaré el lenguaje familiar; claro é inteligible, á fin de que mis lecciones mas bien tengan el carácter de un instructivo deleite, que el de una metódica y concienzuda esplicacion de las ciencias naturales.

—Los primeros años de la juventud, continuó, constituyen un tiempo precioso que no debe malgastarse en empleos inútiles; la niñez es dócil y curiosa; y por eso la vemos incesantemente haciendo preguntas; y á tal extremo llega su espíritu de indagacion, que lejos de contentarse con preguntar, procura imitar lo que vé hacer á los demas. ¿Quién duda, hijos míos, que la Providencia ha dado estas cualidades á los niños para que traten de aprender todo aquello que debe arreglar su conducta venidera? La prueba

de esta gran verdad es que Dios les ha dado la facultad de retener todo lo que les conviene, y los medios exteriores para adquirir lo que pueda conducirlos á un buen fin: culpa sera de aquellos que nos educan, y la nuestra tambien, si carecemos de algunos de los conocimientos necesarios. Las primeras impresiones son tan fuertes, que si un niño concibe un error en sus primeros años, difícilmente puede desarraigarle de su corazon; por lo tanto, nada es tan acertado como darles desde muy temprano máximas saludables; y yo vitupero á los padres de familia que dejan que sus hijos reciban desde su tierna juventud las malas impresiones que es necesario destruir en lo sucesivo; en vez de hacerles un beneficio, fortifican su debilidad, porque siendo la niñez demasiado crédula, no es bueno referirles fábulas impertinentes de mero recreo que ocupen demasiado su infantil memoria; si, todos los padres, deberían saber que ha de tenerse hacia la niñez los mayores cuidados para facilitar algun día la cultura de su entendimiento y la direccion de sus costumbres. Para emprender este género de educacion, es preciso enseñar á los niños aquellas cosas que estén al alcance de su comprensión; debe empezarse por iniciarlos en el verdadero conocimiento de la virtud; acostumbrarlos á pensar en lo que leen, y preguntarles lo que les parece esta ó aquella máxima, tal ó cual accion. No se ha escrito, seguramente todo lo que es útil saber ni es posible leer todo lo que se ha escrito. Tambien es menester que os diga, hijos míos, que los preceptos desaparecen á cierto tiempo, y que los ejemplos suelen quedar mas impresos en el alma de la juventud; por eso la conducta de los padres hará mas efecto en sus hijos, que sus palabras; los preceptos se olvidan facilmente; es un camino muy árido para que los niños transiten por él con gusto, y exigir lo contrario, seria querer que una planta sembrada hoy fuese al día siguiente un tronco sólido y con raíces profundas. La moral, principio saludable de todas las cosas, y la que reina todo la vida, es la que desde un princi-

pio debemos cultivar, sin descuidar por eso los demás estudios. Quiero acostumbarme á no deciros nada que no entendaís, y á daros siempre las ideas mas claras del mundo; á haceros conocer la utilidad de un raciocinio exacto, no solamente en las ciencias, sino en todos los actos de la vida.

El genio no se adquiere; pero sin embargo creo que este sublime don no es tan raro como comunmente se le supone, porque el secreto del genio, á mi juicio, existe en el espíritu de observacion, y así lo confirma tambien el ilustre autor del *Espíritu de las leyes*. (1) Yo os demostraré como los mas grandes genios han logrado cubrirse de una gloria inmortal, solamente observando las cosas mas sencillas. Pitágoras, se paseaba un dia por las calles de Crotona, y oyó que el sonido de unos martillos de unos cuantos herreros que trabajaban, producía lo octava, la cuarta y la quinta; de vuelta á su casa aplicó á las cuerdas tirantes su observacion y formó el diapason.—Un pastor hace pacer su rebaño cerca de Magnesia á orillas del mar, y su cayado que tenía un hierro en la punta, se queda casi pegado á una roca; este hecho le sorprende y descubre el iman.—Varios niños que jugaban con escorias se divertían en mirar al traves de dos pedazos de cristal los objetos que prodigiosamente se aumentaban. Mecio que pasaba por casualidad se apodera del experimento y se apropia en seguida la invencion del telescopio.—Un niño sentado al lado de la bomba, estaba encargado de levantar la válvula cada vez que descendía el émbolo, y se desesperaba al ver que sus camaradas se divertían sin poder él jugar con ellos: examina la bomba, reflexiona y se le ocurre atar con una gaita la válvula al émbolo, (2) y comenzó la máquina á andar sin ne-

cesidad de brazos auxiliares, y encontramos una de las mas sorprendentes invenciones del hombre, perfeccionada por un niño de once años.—Algunos hombres subieron á la torre de la aldea de Carisla para ver los destrozos causados por la tormenta, y no vieron nada que llamase su atencion; pero Franklin habiendo subido tambien, observó que la tormenta no habia hecho daño alguno desde el campanario hasta el cuerpo donde estaba el reloj, que se correspondian por barras de hierro, y deduce por esta observacion, que ningun mal se hubiese experimentado si desde lo alto de la torre hasta abajo se hubiera puesto una barra del mismo metal, y desde entonces se conoce la invencion del para-rayos.—Un perro de pastor que se habia visto furiosamente perseguido por un lobo, tuvo que alejarse mucho de su habitual residencia, y acosado por el hambre se alimentó de los mariscos que halló á orillas del mar; la sangre de estos mariscos tiñó su boca en términos que cuando su amo le vió de vuelta, creyendo herido á su fiel compañero, se puso á enjugarle con su pellico; pero ¡oh prodigio! el animal no estaba herido, y el vellon tomó un color brillante. El pastor tiene varias pieles en aquel mismo licor, y llevándolas al rey obtiene por su descubrimiento magníficos presentes, y de aquí tomó principio el tinte.—Un traficante en nitro, dice Plinio, que atravesaba la Fenicia; habiendo querido cocer un poco de carne en la orilla del rio Belo, y no encontrando piedras con que improvisar una hornilla, decidió poner en su lugar, grandes pedazos de nitro; pero la materia conforme se abrasaba, iba formando arroyuelos de un liquido transparente, que despues se fué congelando; el traficante quedó suspenso, meditó y halló el vidrio.—Varios esclavos encargados por un dueño cruel de abrir una piedra, no saben como conseguirlo y temen el mas bárbaro castigo si no ejecutan lo dispuesto; estos desgraciados lloran con el mayor desconsuelo; pero de repente uno de ellos observa que la madera mojada se hincha, y puede vencer los mas fuertes obstáculos. ¿Qué hacen? Colocan

(1) Le génie n'est point-entre qu'une longue patience. — Montesquieu.

(2) Válvula es la compuerta que se pone á algunos instrumentos hidráulicos ó neumáticos, que abriéndose y cerrándose dan paso al agua ó le impiden; y el émbolo, es una especie de cilindro destinado en las máquinas para hacer entrar y salir el fluido.

cañas de madera en las hendiduras de la piedra, las mojan se hinchán, la piedra estalla, y merced á esta observacion se libran de los mas duros tratamientos.

No quiero llevar mas adelante mi exposicion sobre los descubrimientos, y no creais que cuando he dicho que el secreto del genio es el espíritu de observacion, me circunscribo solamente á las ciencias, porque si del dominio de estas pasamos al de la literatura y de la poesia, veremos los mas grandes monumentos que ha levantado el entendimiento humano, que nacieron de gérmenes casi imperceptibles. *El Paraíso Perdido*, no era en su origen otra cosa que el asunto de una tragedia, y la reflexion del poeta inglés vió en él suficientes elementos para componer un poema épico que le immortalizara. Una simple carta, y algunas observaciones sobre la educacion, dieron á Rousseau la idea de su *Emilio*; algunos temas para un estudiante, engendraron *el Telemaco*; *el Misántropo* nace de una circunstancia fortuita; del débil poema de Renand nació la *Jerusalén libertada*, y *Amadis de Gaula* y otros libros de caballeria muy disparatados, dieron á nuestro Cervantes la idea de su inmortal Quijote.

Ya habeis sabido mi parecer, en vista del cual convendreis conmigo, que siendo los padres de familia los primeros y principales preceptores de sus hijos, deben procurar por todos cuantos medios estén á su alcance hacer que esperimenten el deseo de la observacion, y sirva este razonamiento de preliminar á las recreativas lecciones que he de daros en lo sucesivo, empezando esta misma noche por la fisica esperimental recreativa, para lo cual he mandado traer de casa los instrumentos necesarios al efecto.

—Ay papá! interrumpió Ramon, ¡qué noches tan entretenidas nos vas á proporcionar!

—Ese es mi deseo, repuso don Casimiro cariñosamente, quiero hacer todo lo posible, para que mi buena esposa y mis hijos, disfruten un grato solaz, ya que circunstancias imprevistas nos obligan á permanecer por algun

tiempo en esta rústica y solitaria mansion.

A este tiempo entró una criada anunciando á sus señores que el desayuno estaba sobre la mesa, y la virtuosa familia se dirigió á la estancia que hacia oficio de comedor, y concluido el almuerzo, dieron todos un paseo por aquella dilatada campiña, hasta que llegó la hora de comer. Estaban en los postres cuando llamaron á la puerta.

—¡Hola! dijo don Casimiro, ¿quién viene á favorecernos á estas horas?

Al poco tiempo entró un criado algo asustado.

—¿Qué sucede, Nicolás? preguntó-le su amo.

—Señor, respondió Nicolás, dos trabajadores del campo de estas cercanías, traen á un hombre, que sin duda debe haberle sucedido alguna desgracia.

Toda la familia se levantó precipitadamente de la mesa, y pasando á la pieza que constituia el recibimiento, vieron á un hombre de unos treinta y cinco años con la vestimenta de cazador, asido á los brazos de dos trabajadores robustos, y que por sus ademanes manifestaba no ser un hombre vulgar.

—Caballero, dijo el cazador dirigiéndose á don Casimiro; acaba de sucederme una desgracia; estaba cazando en la escabrosa eminencia que está situada á la derecha de la cascada, y he dado una grande caída, con la cual me he descompuesto una pierna, y no he podido levantarme hasta que esta buena gente me ha recogido; es hora muy avanzada para llegar á Ecija á tiempo oportuno, y como la posesion de vd. es la morada mas cercana que hemos podido encontrar, suplico á vd. me recoja por esta noche, hasta que mañana pueda encaminarme á mi domicilio agradeciendo tan grande favor.

—Caballero, vd. puede disponer de mi persona como guste, y no seria hombre de bien ni cristiano si me negase á tan justa hospitalidad. Ana, prosiguió dirigiéndose á su esposa, haz tus preparativos para curar la pierna á este caballero; yo entiendo algo de cirugía y no será difícil que consiga mejorarle si el daño no es de gravedad.

El cazador pasó á la habitacion prin-

cial de la casa, y despues que pidió papel, pluma y tintero, escribió un billete á su familia, manifestándola que no le esperase ni estuviera con cuidado, y ocultando el incidente que le obligaba á permanecer fuera aquella noche, á fin de no asustarla.

Uno de los mencionados campesinos fué el portador de la esquila, prévia una buena gratificación, con lo que se fueron

los honrados conductores del herido. Se dió principio á la cura, y Ramon y Carolina se encargaron por su parte de socorrer á los huéspedes que traía consigo el cazador, que eran dos hermosos perros perdigueros, que disfrutaron de un buen sustento por las benéficas manos de los inocentes hijos de don Casimiro.

(Se continuará.)

HOMBRES CELEBRES.

EL PAPA REY.

El desmenuzará á una multitud innumerable y hará estar á otros en su lugar.

EL LIBRO DE JOB CAP. XXXIV V. 24.

I.

LA CONVALECENCIA.

El año de 1550 había una humilde cabana cerca de la marca de Ancona, á cuya puerta estaba tomando el sol un niño de nueve años, convaliente aun de una aguda enfermedad que había experimentado, y la que le tuvo casi á las puertas de la muerte; una pobre aldeana estaba á su lado mirándole de hito en hito y espresando con su semblante aquella sublime ternura tan natural en una madre que vé á su hijo padecer, pero que sin embargo dá gracias á la Providencia por haber sacado de un imminente peligro á la dulce prenda de sus entrañas.

—¿Qué miras, Felix? preguntó la aldeana al joven convaliente, al contemplar la estraña fijeza que tenía sobre un objeto.

—Madre mia, respondió el niño; allí al pie de aquella mata hay un papel escrito, y tengo miedo de levantarme y cogerle.

—¿Para qué le quieres, hijo mio?

—Para verle, y....

—Pero si no sabes leer.

—No importa; hace dos meses, (pocos días antes de que cayera enfermo con las viruelas,) mientras que padre recorria las viñas, logré sentado al pie de un árbol, entender deletreando un trozo de sermon del padre Anastasio de Sanquiosto.

—¿Y quién te ha enseñando á deletrear?

—Me guardaria bien de hacer esta revelacion á padre, porque seguramente me castigaria; pero á tí que eres tan buena, voy á decirte todo.

—Vamos, refiéreme el suceso.

—Te lo referiré; mas antes coge el papel que te he dicho, porque puede llevarlo el viento.

La buena madre soltó la labor que hacia y cogió el papel, que así que Felix le tuvo en sus manos le dobló para guardarlo, y prosiguió del siguiente modo:

—¿Te acuerdas, madre, aquel día, que habiendo pasado padre por donde estaba el ganado, se encontró que nadie le guardaba?

—Sí; y tanto como lo recuerdo; tres varas de sarmiento rompió padre sobre tus débiles costillas.

—Yá se vé; como que abandoné el ganado para irme á la marca.

—A jugar con tus camaradas.

—No, madre, te has engañado; fui á conocer las letras del alfabeto italiano.

—¿Y cómo hicistes?...

—Llevé conmigo muchos racimos de uvas, y el zurrón lleno de piñas; aun no era la hora de que los colegiales de Padua hubiesen salido; pero me senté en la puerta y estuve esperando hasta que dió la una; salieron en tropel los escolares, saltando y dando gritos de contento; yo entonces me puse á observar á todos ellos, y aquel que me pareció el mas juicioso y el mas pobre, fué elegido para que diese cumplida satisfaccion á mi deseo. Lláméle con encarecimiento y el jóven acudíó; lo primero que hice fué atraerme su voluntad, dándole las piñas y las uvas que llevaba.—«Muy roto tienes el vestido le dije, ¿eres pobre?—Si, me respondió.—Y ¿cómo, le pregunté, puedes estudiar siendo pobre? Entonces me contestó.—Porque el colegio de Padua, recibe cuarenta alumnos pobres para enseñarlos gratuitamente, y en este número estoy yo.—¡Dichoso tú, le dije, que tienes un padre que quiere que estudies; aquí donde me miras, ni aun conozco las letras, y no por falta de voluntad.—¿Y tú quieres aprenderlas? me preguntó comiéndose las uvas de tres en tres.—Y tanto como quiero, le respondí.»

Entonces me llevó á un sitio apartado del pueblo, soltó la hevilla que sujetaba la correa con que ataba sus libros, y sacando una especie de cuadernito, con un forro de papel encarnado, estuvo con suma paciencia enseñándome una por una todas las letras del alfabeto; llegó la hora en que tuvo que partir, y nos hicimos los mejores camaradas del mundo al despedirnos; le indiqué el sitio donde continuamente residia, y le ofrecí una buena ración de uvas, y otros frutos que yo pudiese agenciar, si todos los dias al salir de su colegio pasaba á mi choza á darme lección. Aceptó de buen grado, y siendo fiel á su promesa, yo le regalaba frutas, y algunas veces mi almuerzo en cambio de las lecciones que me daba; ya me hallaba deletreando cuando caí enfermo, y no le he vuelto á ver; pero has de saber, madre mia, que el pere-

grino que pasaba á Roma á besar la mano de su santidad y que ha tenido la caridad de curarme las viruelas, después que recetaba las medicinas, y que se veía solo conmigo, á mis repetidas instancias, proseguia las lecciones que dejó pendientes mi camarada, y poco á poco he llegado á deletrear de tal manera, que ya puedo leerlo todo.... Hasta el latín, y estoy tan contento.... no puedes figurarte la alegría que tengo.

La cariñosa madre, al escuchar la interesante relacion de su hijo, no pudo contener un torrente de lágrimas que inundaron su mejilla.

—¿Por qué lloras?

—Hijo, respondió la compungida aldeana, porque quisiera tener con tu padre la suficiente influencia, para que en vez de destinarte á guardar carneros te diese el género de educacion á que te encuentras inclinado.

—No llores, por eso; tarde ó temprano lo conseguiré, y el mismo artificio que he empleado para saber leer puede servirme para aprender á escribir, y luego para la lengua latina.... ¡Oh! ya me sé de memoria muchas de aquellas cosas que lee el padre Fulgencio cuando dice misa en nuestra ermita.

—Descuida, Felix mio; haré el último esfuerzo con tu padre para que te ponga á estudiar.

A este tiempo el sol se iba alejando, y un vientecillo fresco y un tanto incómodo se levantó de repente, y la madre de Felix tuvo buen cuidado de hacer entrar á su hijo en la cabaña y de aproximarle á una hermosa hoguera donde ardian tres grandes troncos de encina que calentaban perfectamente la agreste mansion del jóven convaleciente.

Ya se iba acercando la noche cuando entraron de pronto en la cabaña Pedro y Camila, niños de corta edad y hermanos de Felix. Después que besaron respetuosamente la mano de la aldeana, atariciaron con ternura al pobre virolento, y en tanto que Pedro soltaba en un ríon el zurrón y el palo, Camila preguntaba á Felix:

—¿Estas mejor, hermano mio?

—Si, la calentura ha desaparecido de un todo, pero me siento tan débil...

¡Qué feo me habré quedado! ¿es verdad, hermana mía?

—¿Feo? no por cierto; pero aun cuando así fuera, ¿qué te importa si recobras completamente tu salud?

—Tienes razon, Camila; la salud es lo principal.

—¿Tardará mucho tu padre en llegar? preguntó la aldeana á Camila.

—No, madre mía; quiero hacerte una advertencia; hoy es uno de aquellos dias en que es necesario no contradecir nada á padre.

—¿Cómo! ¿por qué? preguntó sobresaltada la aldeana.

—¡Oh! porque está muy enfadado; ha reñido con el arrendador de las viñas... y cuando se ha visto solo, ha dirigido contra nosotros su mal humor.... ha dicho que no puede mantenernos, que le estamos sacrificando, que por causa nuestra está siempre trabajando como un perro. Pedro cuando le oyó se puso á temblar, y no acertaba á hacer nada de cuanto padre le mandaba.

—Madre, interrumpió Felix, por Dios que no sea hoy el día que consagres á tu peticion; no es por cierto el momento de obtener concesiones.

—No dices mal, hijo mío, respondió la buena madre.

Y á fin de evitar que su esposo tuviera motivos para dar rienda suelta á su genio acre, impuso á sus hijos el mayor silencio, y ella comenzó á alijer la cena y á poner la mesa, con el objeto de que cuando viniese todo estuviera preparado.

Al fin llegó Francisco Peretti, (que así se llamaba el padre del convaleciente niño) y arrojando el sombrero en un extremo de la pieza, se aproximó á la hoguera con un semblante iracundo y sin decir una palabra, á su muger ni á sus hijos, que medrosos y silenciosos miraban arder los troncos.

—¿Quieres cenar, Francisco? preguntó la aldeana.

—Cenemos, contestó Peretti con sequedad.

Sentóse á la mesa el primero; despues se situó Camila á su derecha y Pedro á su izquierda; Felix permaneció arrimado á la hoguera.

—¿Y tú por qué no vienes? preguntó á Felix su padre.

—Yo no puedo tomar todavía mas que un sopicaldo, y en este momento lo está madre preparando.

—Tiene razon, dijo la madre, ¿á que ha de aproximarse á la mesa?

—Vamos, vamos, pocas palabras, interrumpió el padre; dale el sopicaldo, y traenos la cena.

Al cabo de un rato, Felix estaba tomando el sopicaldo, y la demas familia cenando en medio del mayor silencio. A los pocos instantes de haber acabado de cenar, entró en la cabaña un hombre de bastante edad y corpulencia, y de maneras un tanto rústicas, y despues que dió las buenas noches, y formó parte del semicírculo de aquellas personas que se calentaban á la lumbre preguntó:

—Y bien Francisco, ¿dónde está el rapáz que quieres darme para que tenga cuenta de mi rebaño de ovejas.

—Allí le teneis, repuso Francisco señalando á Felix.

Cuando escuchó el niño estas palabras y vió que le señalaban, comenzó á llorar con tal desconsuelo, que todos compadecieron su situacion, menos Francisco, que redobló su colérica indignacion hacia el rapáz.

—Francisco, dijo la madre; me atrevo á reprender tu modo de obrar en esta ocasion.

—¿Por qué?... consiento en escucharte, aun cuando sé que tú eres la que pierdes á mis hijos con tus mimos y contemplaciones.... habla.

—Aunque tu pensamiento fuese dar nueva colocacion á Felix, debias haber escogido otro momento para hacérselo saber: tú conoces la aversion tan declarada que tiene al egercicio que tratas imponerle, sabes su decidida vocacion hacia las letras, y aunque te opones á darle carrera, exigia tu prudencia á que hubieses aguardado que se hallara completamente restablecido para manifestarle tu resolucion.

—Señor Sampietro, dijo Francisco dirigiéndose al reciénvenido; mi hijo Felix lo que quiere es holgazanear; quiere estudiar, no por amor á las letras, sino por jugar con los chicos del

colegio, y sacrificar á su pobre padre que trabaja como un perro para darle de comer. Al chistoso rapaz se le ha metido en la cabeza la idea de que vá á ser un hombre grande, y porquese sabe de memoria unas cuantas preces latinas, dice que será obispo, cardenal, papa y.... qué se yo cuantas locuras mas, que su madre, mas loca que él, se ha creído, y me lo está perdiendo haciendo que alimente un pensamiento tan descabellado, que de seguro motivará nuestra ruina.

El señor Sampietro tomó entonces la palabra, y se negó á ocupar á Felix en el destino que su padre le habia propuesto, asegurando que su conciencia no estaria tranquila nunca, conceptuándose el móvil que se oponia á las

inclinaciones del niño; y se despidió de la familia, no habiendo fuerzas humanas que le hicieran cambiar de pensamiento. Así que Sampietro se alejó, sucedió una indisposicion matrimonial, durante la cual los niños lloraron, al ver las amenazas de un padre encolerizado, y las reflexiones de una madre que sollozando queria por todos los medios posibles apaciguar la furia de su esposo.

Llegó un instante en que la excesiva indignacion de Peretti le condujo al aposento donde todas las noches tenia costumbre de ajustar las cuentas relativas á los jornales que habia satisfecho á los viñadores que estaban á su cargo; mas antes de comenzar su ordinaria tarea, dominado de la desesperacion



apoyó su cara contra la palma de la mano, y hablaba consigo mismo lo siguiente.

—¿Cuál es la suerte que me espera? Mis cuentas están embrolladas, llegará un dia en que aparezca á los ojos del conde, mi señor, como un hombre criminal que he malversado los intereses que me confió para el cultivo de sus viñas; la recaudacion que tenia hecha de la vendimia pasada, ha desaparecido sin que yo sepa por donde.... Mi hijo mayor, lejos de ayudarme quiere seguir otra carrera; mi muger por otro

lado.... ¡Oh! yo me desespero: el conde me ha pedido las cuentas y yo no se las puedo dar.

Finalmente, Peretti cogió la pluma, y toda la noche la pasó haciendo números, y su desconsolada muger guardando el sueño de sus tres inocentes hijos.

II.

EL SUEÑO.

Transcurrieron algunos dias y Felix se encontraba muy mejorado; una ma-

hana, antes que Francisco saliese á dirigir los trabajos de los cultivadores de la viña, llamaron á la puerta de la cabaña, y siendo Felix el que primero abrió, quedó sorprendido cuando vió un agente de justicia y varios hombres del pueblo armados de sables, que preguntaban por Francisco Peretti, mayordomo campestre y administrador de las viñas del conde de Sicolma. El niño sin contestar y lleno de la mas grande turbacion, avisó á su madre de lo que pasaba, pero ya el agente y sus subordinados habian penetrado en lo interior de aquel miserable albergue y comunicado á Francisco la órden de prision que traian contra su persona.

—¿Por qué me prenden? preguntó Peretti.

—Os acusan, respondió el agente de haber malversado los intereses del conde y ha mandado prenderos.

La muger de Peretti, Felix, Camila y Pedro empezaron á llorar, y el imposible administrador cogió su sombrero y con ánimo resuelto dijo á sus opresores:

—Llevadme donde queráis.

—Al castillo de la marca, dijo el agente.

—Pues al castillo de la marca, respondió Francisco.

El preso y sus conductores salieron de la cabaña, y Felix siguió á la funesta comitiva llorando. Varias veces se paró Francisco, y viendo que su hijo mayor le seguía de aquella manera exclamó:

—Vete á la cabaña, Felix, y no me sigas, que no necesito de gente que me lllore, y menos tú, que eres la causa de mi ruina.

El desconsolado Felix, obedeciendo primero á su corazon que á la áspera insinuacion de su padre, seguia al prisionero diciendo entre sus amargos sollozos:

—Perdonad al pobrecito de mi padre que es el que nos gana el pan.

Uno de los hombres armados que conducian á Peretti, amonestó tambien al desconsolado niño para que se fuera; pero viendo que no le obedecia, corrió tras él con el sable desenvainado, y Felix huyendo de su inhumano perseguidor, corrió á refugiarse á una casa ruinosa de aquellas cercanias, y tre-

pando en su aturdimiento por una escalera de palo, á su peso cedió uno de los escalones, y el desventurado Felix vino á dar desde la altura de unos veinte pies, sobre un monton de piedras, y todos cuantos le vieron descender juzgaron que la caída habia sido mortal. Los conductores de Peretti, se sobrecojieron con esta ocurrencia y acudieron á su socorro, si alguno se le podia dar, decuyo momento se aprovechó Francisco para emprender la fuga, y de tal modo la verificó, que cuando el agente y sus acompañantes, quisieron remediar el daño, ya el fugitivo se habia puesto á distancia que era inútil todo género de tentativa para su captura. Dejemos á Peretti huyendo y á sus perseguidores tomar medidas para volverle á prender, y fijémonos en el desgraciado Felix á quien recoge una pobre lavandera que le envuelve en una sábana, que á su parecer puede servirle de mortaja. Sin embargo al entrar con él en su cabaña observa que el niño respiraba todavía, y dando un grito de sorpresa y contento, dice á uno de los pastores que la rodeaban, que parta corriendo en busca de un cirujano, y mientras este viene, aquella pobre muger, y la madre que á este tiempo habia llegado, sujetan por medio de infinitos vendages la sangre de las heridas del jóven moribundo.

Vino el cirujano, y luego que examinó al herido, dió las mas lisongeras esperanzas respecto á su salvacion; y con efecto, al cabo de algun tiempo curó perfectamente la dislocacion de sus miembros y cicatrizó las pocas heridas que habia recibido. Todos temieron que quedase lisiado para toda su vida, pero Dios velaba por él, con objeto sin duda de destinarle á grandes empresas.

Felix Peretti reveló desde su primera juventud una viveza de imaginacion tan estraña en sus cortos años, que cuantas personas escuchaban sus razonamientos, sentian que no tuviese otra especie de educacion, porque vaticinaban que en su dia llegaria á ser un gran personage.

Poco tiempo despues de su segunda convalecencia, se aproximó á su madre con ánimo resuelto, y la dijo:

—Madre mia, hace cuatro meses que no tenemos noticias de padre; sin duda debe andar errante por países extranjeros huyendo la persecucion de sus enemigos; puedo asegurarte que doy por bien empleados mis pasados sufrimientos, si es que mi desgracia le libró de mayores peligros. Yo quiero obedecer el mandato de mi padre.

—¿Qué mandato? preguntó su madre.

—Mi padre queria ponerme á guardar los rebaños del señor de Sampietro, y voy á presentarme á ese rico propietario para que disponga de mi persona.

—¿Quién te inspira semejante resolucion? Ahora, que no encuentras el obstáculo de la presencia de tu padre, cuando con mas libertad puedes seguir tus instintos, ¿varias de pensamiento?

—Si; no lo estrañes; y voy á explicarte la razon.

—Estimaré que me reveles ese arcano.

—Escúchame: te estoy viendo incesantemente trabajar para proporcionarnos el sustento; tus labores, y los juguetes de madera que hacen mis hermanos, no bastan para subvenir á nuestra subsistencia.... Yo soy una carga pesada para vosotros, y quiero mantenerme á costa de mi propio trabajo. Ademas he tenido un sueño esta noche pasada que ha contribuido poderosamente á que me decida.

—¿Que has soñado?

—Se ha presentado á mi mente una mansion tan estraña, que nunca mis palabras podrán explicarte con la debida exactitud; pero en medio de esta pintoresca vision, y del conjunto de personas estraordinarias que la habitaban, salió una voz que decia. «Obedece los preceptos de tu padre por insanos que te parezcan, que el Dios de misericordia favorece al justo en todas partes.» Es decir, que Dios satisfará mis deseos cumplidamente, aun guardando mis rebaños de ovejas.

—No quiero, respondió la madre, contradecir nada de cuanto dicte tu voluntad.

Al otro día previno Felix aquellas cosas que le eran mas necesarias para emprender un corto viage, y habiéndose

despedido cariñosamente de su madre y hermanas, pasó al domicilio del señor de Sampietro, á cuyo individuo se presentó manifestándole su pensamiento; y habiendo accedido el propietario á su demanda, al cabo de algunos días estaba ya Felix Peretti convertido en humilde pastor de un corto rebaño.

Como ya lo hemos apuntado, Felix tenia sentimientos muy superiores al ejercicio que practicaba, y aunque derramaba lágrimas en secreto, se consolaba con la esperanza de que algun día se verifícaría la realizacion del sueño que habia tenido; el aspecto de la naturaleza le ofrecia continuas distracciones, y no hacia mas que observar y meditar á su manera sobre lo que veia, siendo preciso confesar, que durante este tiempo no llenaba sus deberes con la exactitud debida, y en mas de una ocasion se notó la falta de algunas reses, falta que originó las frecuentes distracciones del que á su pesar era pastor. En una palabra, le quitaron la obligacion que le habian impuesto de guardar ovejas y carneros, y le destinaron á un parage mas solitario, y pantanoso, donde solamente tenia que cuidar de una piara de cerdos. El pobre niño se sintió profundamente humillado con este cambio, y postrándose de rodillas, levantó su voz al cielo con las siguientes palabras:

—Soberano Redentor; tú que miras mis intentos y con tu infinita bondad me has libertado de dos grandes peligros, sácame con tu mano benéfica y santa de esta humilde posicion en que me encuentro.

Felix se sentia naturalmente inclinado hácia las personas de alguna educacion, y especialmente hácia los sacerdotes; y así, cuando desde su solitario parage distinguia alguno, iba corriendo á su encuentro, y le saludaba con suma cortesía y afabilidad, deseoso siempre que el religioso trabase con él conversacion, y no volvía á su primitivo lugar, sino cuando escuchaba estas palabras de boca de los caminantes:

—Pobre muchacho; no armoniza por cierto su profesion con el natural talento que resplandece en medio de su infantil conversacion.

Entonces Felix se apartaba de los transeuntes y sentándose al pie de un árbol, esclamaba llorando:

—Todos me dicen lo mismo; pero

ninguno me dice «hijo mio ¿quieres estudiar? yo te sacaré de ese oficio que tan mal cuadra con tu talento y te daré la carrera que apeteces.»



Y despues entrando en reflexion, se consolaba diciendo:

—Pero ¡ah! yo tengo grandes esperanzas..... aqui en mi corazon, existe una secreta voz que me está anunciando que voy á ser un hombre grande..... y ademas, el sueño que tuve..... espe-

remos y confiemos en la Providencia.

Y sacando un tosco lapicero que el mismo se habia fabricado, y un pedazo de papel, se puso á copiar las letras de una hoja impresa que tenia delante.

(Se concluirá.)



CUENTOS PARA LOS NIÑOS.

EL INGRATO.

Vitalis habiendo salido de cacería cayó en un foso que servía de lazo para coger á los animales feroces; allí pasó un día y una noche: el foso estaba oscuro, y sin embargo Vitalis quiso recorrerle con el intento de ver si encontraba alguna raíz con la ayuda de la cual pudiese trepar y salir de su lóbrega prisión; pero habiendo escuchado un ruido confuso se escondió en un rincón del foso y permaneció inmóvil y lleno de miedo. A la mañana del día siguiente oyó los pasos de alguno que transitaba cerca del foso, y alzando la voz de una manera lamentable exclamó:

—¡Socorro! ¡Sacadme de aquí!

El que transitaba por el bosque era un aldeano, y cuando oyó esta voz quejosa que salía del foso se asustó, pero reponiéndose de su espanto acercóse y preguntó:

—¿Quién eres?

—Un pobre cazador que por un descuido ha caído en este foso y ha pasado un día y una noche; sacadme en nombre de Jesucristo, que yo premiaré vuestra buena obra.

—Haré por vos todo lo que pueda, repuso el aldeano.

Entonces Masaccio, (que así se llamaba el aldeano), echó mano al hacha que llevaba pendiente de su cintura y cortó una larga rama de árbol bastante fuerte para sostener á un hombre.

—Señor cazador, le digo, escuchad bien lo que digo: voy á echaros esta rama en el foso; asíos á ella que yo tiraré.

—Bueno, respondió Vitalis: pídemelo todo lo que quieras que yo te lo concederé.

—Bien, voy á casarme; dad á mi novia lo que gusteis.

A estas palabras, Masaccio echó la rama en el foso, y sintiéndola pesada tiró, y sacó un mono que comenzó á dar saltos de contento: había caído como Vitalis, y viendo la rama se afianzó á ella corriendo.

—¿Es el diablo el que me ha hablado en este foso? dijo Masaccio separándose del animal.

—¿Me abandonas? exclamó Vitalis con un acento lastimoso: amigo mío, en nombre de Jesucristo, en nombre de tu futura, sácame de aquí; yo te lo suplico; yo te dotaré, te daré muchas riquezas. Soy el señor Vitalis, un rico y poderoso veneciano, no me dejes morir de hambre en este horrible foso.

Masaccio se conmovió, y volvióse á acercar al foso, echó de nuevo la rama y sacó un león, que por medio de caricias comenzó á manifestar su alegría y su reconocimiento.

—¡Jesus, María y José! dijo Masaccio, es el diablo, no hay duda.

Y echó á correr espantado. Sin embargo, á cierta distancia se detuvo y oyó los lamentos de Vitalis que decía:

—¡Dios mío! ¡Voy á morir de hambre en este foso! ¡Nadie viene á mi socorro! cualquiera que seas, yote lo suplico, vuelve, no me dejes morir aquí pudiendo salvarme; te daré una casa, vacas, oro, todo cuanto desees; pero sacame de esta horrorosa caverna.

Masaccio volvió, echó la rama y sacó una serpiente; entonces el aldeano se hincó de rodillas, y medio muerto por el miedo que tenía comenzó á rezar

para que el demonio se ahuyentara; pero no había acabado su súplica, cuando volvió á escuchar á Vitalis que decía:

—¡Nadie me ampara!... ¡No hay mas remedio que morir!

Y lloraba con el mas grande desconsuelo.

—Es la voz de un hombre, observó Masaccio.

—¡Ah! si estas ahí todavía, prosiguió Vitalis, en nombre de lo que mas quieres, sálvame. ¿Quieres mi palacio de Venecia, mis bienes, mis honores? te los doy; y permita el cielo que aquí muera sino cumplo mi palabra.

Masaccio no pudo resistir á tantos ruegos y á tantas promesas, y echó de nuevo la rama.

—¿Os habeis agarrado?

—Si, respondió Vitalis.

Y esta vez sacó un hombre: era Vitalis que lanzando un grito de alegría se desmayó de gozo en los brazos de Masaccio: éste le sostuvo, le socorrió y le hizo volver de su desmayo, y dándole el brazo le dijo:

—Vamos, salgamos de este bosque.

—Vitalis marchaba con trabajo, porque estaba casi muerto de hambre.

—Comed este pedazo de pan, dijo Masaccio.

—¡Mi bienhechor, mi salvador! ¿cómo podré yo recompensarte?

—Me habeis prometido un dote para mi novia, y vuestro palacio de Venecia para mí.

—Si ciertamente; dotaré á tu novia; te enriqueceré; quiero que seas el aldeano mas rico de la comarca. ¿Dónde vives?

—En Casaletta, en el bosque; pero dejaré gustosamente mi vida para establecerme en Venecia, y residir en el palacio que me has ofrecido.

—Ya salimos del bosque, dijo Vitalis de pronto: ya reconozco el camino; te doy gracias por tu buen servicio.... adiós Masaccio.

—¿Y cuándo voy á buscar el dote y á tomar posesion del palacio?

—Cuando quieras.

Y se separaron. Vitalis entró en Venecia, y Masaccio en Casaletta, donde refirió su aventura á su novia, añadiendo que tendria un buen dote y un her-

moso palacio en Venecia. A la mañana siguiente muy temprano, partió para Venecia, y cuando llegó al palacio de Vitalis, quedó asombrado al ver el lujo y la opulencia que reinaban en él. Dijo que iba á buscar el dote y el palacio que el señor Vitalis le habia ofrecido. Los que le escucharon le tuvieron por loco, y pasaron á decir á Vitalis la chistosa ocurrencia.

—Espulsadle, dijo Vitalis; yo no conozco á ese insensato.

Los criados obedecieron á Vitalis y echaron á Masaccio que marchó llorando á su cabaña sin determinarse á pasar á ver á su novia, pero se llenó de espanto cuando vió en un rincon de su cabaña al mono, en el lado opuesto á la serpiente enroscada y en medio al leon.

—Me van á devorar entre los tres, exclamó espantado el aldeano.

Pero el mono le hizo un gesto amistoso, el leon comenzó á menear la cola, y le dió la mano como un perro que quiere acariciar á su amo, y la serpiente desarrolló los anillos de su cuerpo paseándose por la habitacion con aire gozoso y reconocido.

—¡Pobres animales! dijo Masaccio, mas valen que el señor Vitalis; ¡ingrato! me ha echado de su palacio como á un mendigo. ¡Oh! de buena gana le volveria á echar de cabeza en el foso de donde le saqué.... ¿Y mi novia? Yo que creí celebrar unas bodas dichosas. No tengo ni un haz de leña, ni un pedazo de carne, ni dinero para comprar una sortija de oro á mi muger.

Entonces el mono le condujo á otra estancia y le mostró una gran provision de leña, la suficiente para todo el año; la habia cogido del bosque, y la condujo á la cabaña de Masaccio: éste, reconocido, dió un abrazo al mono. En seguida el leon, rugiendo dulcemente le llevó á otro parage de la cabaña, donde vió una enorme provision de carne, dos ciervos, muchas liebres y conejos y un hermoso jabali, todo cubierto con ramas de árboles para que la carne se mantuviese fresca. El leon habia hecho esta caceria para su bienhechor.

—¿Y tú, dijo á la serpiente, eres como Vitalis, ó un buen animal como este mono y este leon?

La serpiente se escondió debajo de un montón de hojas secas, y volvió a aparecer al instante, trayendo en su boca un hermosísimo diamante. Ya sabemos que los dragones y las serpientes conocen los tesoros que están ocultos.

—¡Un diamante! exclamó Masaccio y tendió la mano para acariciar á la serpiente y coger el diamante.

Después pasó á Venecia y llegando al establecimiento de un joyero dijo que venia á vender un diamante. El joyero le tomó y habiéndole examinado preguntó:

—¿Cuánto queréis por él?

—Doscientos escudos, respondió Masaccio, creyendo que pedía mucho, siendo así que era la décima parte del valor de la piedra. El joyero miró á Masaccio y le dijo:

—Sois un ladrón y voy á deteneros.

—Si vale menos, no os enfadéis, respondió Masaccio; yo no soy ladrón sino un hombre de bien; este diamante me le ha dado una serpiente.

Vino la policía y Masaccio fué conducido en presencia de un magistrado; allí refirió su historia que á todos pareció un cuento fantástico; pero como el señor Vitalis se encontraba mezclado en la relación del aldeano, el magistrado trasmitió el asunto á los inquisidores del estado y Masaccio no tuvo mas remedio que comparecer allí.

—Refiérenos tu historia, dijo uno de los inquisidores, y no mientas, porque serás severamente castigado.

Masaccio refirió su historia.

—Luego ¿tú has salvado al señor Vitalis?

—Sí señor.

—¿Y él te ha prometido un dote para tu novia, y su palacio de Venecia para tí?

—Sin duda alguna.

—¿Y te ha echado como á un importuno mendigo?

—¡Ah! sí señor, como á un hombre malo, cuando tanto me suplicó hallándose en el foso con el mono, la serpiente y el león.

—Hágase comparecer al señor Vitalis, dijo el inquisidor.

Vitalis compareció.

—¿Conoceis á este hombre, señor Vitalis? le interrogaron.

—Yo no le conozco, respondió Vitalis.

—Dice que os ha salvado la vida.

—Declaro que jamás le vi.

Los inquisidores consultaron entre ellos la medida que se debía adoptar.

—Este hombre, dijeron con respecto á Masaccio, es un loco ó un bribón, condúzcasele á un calabozo. Señor Vitalis, vos podeis retiraros.

Masaccio se hincó de rodillas en medio de la sala:

—Señores, es imposible que el diamante sea robado; yo os juro que la serpiente me le ha dado.... Yo he salvado á este señor, le conozco aun cuando no está pálido y casi muerto de hambre como cuando le saqué del foso y le di un pedazo de mi pan.... le reconozco, es su misma voz, la misma con que me suplicaba que le salvase la vida.

—Señores, dijo Vitalis inclinándose delante del tribunal; no debo repetir lo que he dicho; este hombre cuenta una historia estravagante. ¿Hay por ventura un indicio, un solo testigo que lo justifique?

A esto sucedió un movimiento de sorpresa y espanto, y el león, el mono y la serpiente comparecieron en la sala. El mono iba montado sobre el león, llevando la serpiente enroscada en uno de sus brazos.

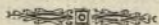
—¡Ah! estos son los animales que me acompañaban en el foso, exclamó Vitalis.

—Señor Vitalis, dijo gravemente el presidente de aquella asamblea, preguntábais donde estaban los testigos de Masaccio; aquí los teneis. Cuando Dios ha dado este enérgico testimonio contra vos, seríamos culpables delante de él sino castigásemos vuestra ingratitud. Vuestro palacio, vuestros bienes, quedan confiscados, y pasareis el resto de vuestra vida en una prisión. Alejaos. Y tú, continuó dirigiéndose á Masaccio, puesto que un veneciano te ha prometido un palacio y un dote para tu futura, la república de Venecia cumplirá la promesa. El palacio y los bienes de Vitalis te pertenecen. Y vos, prosiguió dirigiéndose al secretario del tribunal,

reda etad la relacion de esta historia y hacedla conocer al pueblo de Venecia, para que sepa que la justicia del tribunal de los inquisidores del estado no es menos equitativa que su rigor.

Masaccio y su muger, vivieron largo tiempo en el palacio de Vitalis en compañía del mono, el leon y la serpiente.

DE LA BENEFICENCIA.



Dice un autor contemporáneo, que la beneficencia es una necesidad para las almas sensibles, y esta opinion nos parece tanto mas exacta, cuanto que todo lo que pertenece á la desgracia la escita y concede derechos solemnes. La verdadera beneficencia es una necesidad, es un sentimiento generoso que nace en nuestro corazon, y que despues que se ha puesto en práctica, engrandece nuestra alma y la hace disfrutar de una dulce satisfaccion quedura tanto como el hombre y que complace siempre recordar. El gran mérito de un acto aislado de beneficencia, consiste en el silencio de la cosa hecha y en el olvido de lo que se hizo á vista de la persona beneficiada. El hacer gala de un acto benéfico, publicándole, le desvirtua, y el hombre que se gloria de él, pasa con razon mas por orgulloso que por benéfico. Feliz el que llora a la vista del necesitado y del triste y puede socorrer y consolar al afligido y desventurado; y desgraciado el que vé la miseria del prógimo y ó se complace en ella, ó le niega su apoyo pudiendo dársele; porque el uno imita á Dios en la tierra y el otro es un mónstruo aborrecido de la naturaleza, y solo comparable al demonio.

Muchas reflexiones filosóficas y morales pudiéramos hacer sobre esta materia, pero dejando esto á autores mas filósofos, nos concretaremos á citar algunos hechos históricos, con los cuales pretendemos estimular á nuestros jóvenes á ejercitarse en la beneficencia pública y privada, que es uno de los fundamentos de nuestra santa religion,

en la que estriba la de casi todos los pueblos de la tierra, y la que prescribe la naturaleza misma en sus inmutables leyes.

Habiendo dado limosna el filósofo Aristóteles á un hombre conocido por vagabundo pero enfermo, le reprendieron sus amigos, y volviéndose á ellos con dignidad les dijo: *No es al hombre al que yo he socorrido, sino á la humanidad doliente.*

En una marcha forzada que hacia Alejandrio el Grande con su ejército en un invierno muy rigoroso, estándose calentando á la llama de una hoguera que le encendieron, vió á un soldado viejo medio muerto de frio. Llamándole al instante y obligándole á tomar su lugar, le dijo con mucha amabilidad: *Si hubieses nacido en Persia, cometerias un crimen capital sentándote en el sitio del rey, pero oriundo de Macedonia, tienes libertad para ello.*

Acordándose el emperador Tito al tiempo de cenar que se habia pasado el dia sin haber hecho á nadie bien, exclamó con dolor: *¡Ah! amigos míos, este dia se ha perdido para mí. ¡Qué feliz fuera el mundo si todos los hombres, y en particular los reyes y los condes pensasen y obrasen como Tito.*

Tan pronto como subió al trono el generoso emperador Antonino, distribuyó la mayor parte de sus bienes entre aquellos amigos suyos á quienes no favorecia la fortuna. Reprochándole esta conducta su avara muger, la contestó con la dignidad de su posicion: *Tened entendido, Señora, que desde el momento en que hemos sido colocados en el trono imperial, ha cesado de ser nuestro cuanto antes poseíamos.*

Representando un ministro á Leopoldo, hijo de Carlos V, duque de Lorena, que el bien que hacia á sus subditos arruinaba su tesoro, le respondió el príncipe: *Cuanto mas ricos sean ellos mas dichoso seré yo.*

Pidiéndole limosna un pobre á un soldado diciéndole que pediria á Dios por él, le replicó el soldado al darle la limosna: *Tomad y rogad á Dios por vos, que yo no presto mi dinero con usura.*

Un oficial reformado que se hallaba en la última indigencia, se presentó

un día al duque de Berri, en aquella sazón de edad de 14 años, esponiéndole la triste situación á que estaba reducido. Viéndole casi llorar el príncipe, le dijo conmovido: *Amigo mío, hoy no puedo socorreros porque es el último día del mes; pero mañana cobraré mi pensión y si queréis esperar me cuando salga á cazar, me alegraré de poderos servir.* Como el oficial asistiese á la cita el día siguiente, se aprovechó el príncipe de un momento en que nadie le veía y le entregó los treinta luises que acababa de recibir para divertirse. Admirado al ver tal suma y temiendo el oficial de que se le acusase de haber sorprendido la inocencia é inesperienza del príncipe, se dirigió al duque de Noailles y contándole lo sucedido le fué respondido por este señor, que le dijo con señales de satisfacción y alegría: *Guardaos ese dinero y no tengais ningun escrúpulo, pues las liberalidades de un hijo de la Francia jamás son vanas.* Habiéndose aquella misma tarde invitado á jugar al jóven duque, no teniendo dinero no quiso ser de la partida á pesar de su afición, lo que extrañaron tanto mas sus allegados, cuanto que sabían habia cobrado su mesada la misma mañana. Queriendo obligarle las personas encargadas de su educación á que dijese el uso que habia hecho de su dinero, el príncipe se obstinó en guardar silencio, hasta que el conde de Noailles que se hallaba presente á esta interesante escena, publicó el hecho é hizo ver que el príncipe era tan modesto como benéfico.

Un ciudadano de Viena viudo y con once hijos de corta edad, no pudiendo mantener á su numerosa familia con el producto de una plaza de cortísimo sueldo que tenia en una administracion pública, se dirigió á José II, suplicándole le diese un empleo de mas utilidad. El emperador le recibió con suma bondad, y habiéndose informado de su habilitacion, le prometió que no le olvidaria. Pasados unos días fué el emperador á la casa del suplicante y le dijo: *Os vengo á cumplir mi promesa, las informaciones que he tomado os han sido favorables y os prometo que en lo sucesivo*

mejorareis de fortuna. Despues de mil protestas de gratitud y oyendo al soberano que queria ver á sus hijos, los llamó. Como viese José II que los chicos eran doce, preguntó al ciudadano: ¿Por que no habeis señalado mas que once hijos en vuestra representacion? Señor, respondió aquel, hace tres años pusieron delante de mi puerta un niño que nadie queria recibir, y conmovido de compasion á su vista, le recogí y desde este tiempo ha participado del pan de mis hijos. El emperador no pudo detener sus lágrimas al ver un hombre tan filantrópico, é inmediatamente dió orden á su mayordomo mayor que le acompañaba, para que este generoso ciudadano tuviese el mismo día una buena plaza en su palacio.

Infinidad de hechos de esta especie podríamos citar por fortuna, y en particular de nuestra patria, para probar que si ha habido hombres para quienes la miseria ha merecido baldon y desprecio, en vez de compasion y amparo, ha habido otros muchos que se han complacido en hacer actos de beneficencia; tales como el célebre Anton Martín, fundando un hospital, el fundador del Monte de Piedad, los del Santo Refugio, y otros hospitales y casas de misericordia de Madrid, y los innumerables autores de obras pias de que está llena nuestra historia nacional; y para probar que si la España no lleva la delantera á otras naciones en civilizacion, les aventaja muchísimo en filantropia, puesto que los sentimientos de caridad nacen con el corazón de todo español, cuyo carácter, á la par que generoso, franco, grave, atrevido, independiente y valeroso, es benéfico por excelencia.

EGEMPLOS NOTABLES DE MEMORIA.



Dícese que Séneca en cierta época de su vida, podia repetir sin equivocarse muchos centenares de versos inmediatamente despues de haberlos oido recitar por la vez primera. Scaligero,

después de haber estudiado un autor latino, desafiaba á sus amigos y discípulos á que le indicasen un pasaje que no hubiera podido retener entero en su memoria. «Poned, decía en su lenguaje con frecuencia exagerado, poned la punta de un puñal en mi pecho y hundidla si me equivoco una sola vez». Gassendi sabía perfectamente seis mil versos latinos y el poema entero de Lucrecia; para conservar su memoria tomó la costumbre de recitar diariamente seiscientos versos de distintas literaturas. Saunderson podía fácilmente recitar todas las odas de Horacio y una gran parte de autores latinos. Pope indicaba con precisión el libro, la página en que había leído los pasajes que mas le habían llamado la atención hacia muchos años. Se sabe que Retif de Labretoune no escribía sus novelas, las componía directamente con los caracteres de imprenta, lo cual supondría una gran memoria si el poco mérito de sus obras no permitiera colocarle entre los improvisadores. Las memorias privilegiadas son, por lo demás, mucho menos raras que se supone, siendo casi siempre una de las bases esenciales de las grandes inteligencias.

LA HOSPITALIDAD.

LEYENDA SERVA.

La raza slava se distingue particularmente por su escasa hospitalidad. Los servios tienen una leyenda que hace un terrible cuadro de esta virtud popular, una leyenda copiada sobre la del sacrificio de Abraham, pero de una naturaleza enteramente bárbara. He

aquí sobre poco mas ó menos de la manera que existe.

Llegó la noche; brilla la luna en el firmamento; el extranjero entra en la morada del pobre Lázaro.

—Sed bien venido, dijo Lázaro.

Después volviéndose hacia su muger, continuó:

—Luibitza, enciende lumbre y prepara de cenar.

Luibitza responde:

—El bosque es grande, el hogar pequeño, y nos alumbra el astro de la noche; pero, ¿dónde está la cena, si hace dos días que no comemos?

La vergüenza y la confusión se apoderaron del pobre Lázaro.

—¿Eres un servio y notienes nada que dar á tu huésped? dijo el extranjero.

El pobre Lázaro sube á su granero y no descubre nada, ni un pedazo de pan, ni una fruta; la vergüenza y la confusión se apoderaron de su corazón.

—Aquí tienes alimento y carne fresca, dijo al extranjero poniendo la mano sobre la cabeza de Janka, la hija de los cabellos ensortijados.

Luibitza le mira, lanza un grito de horror y cae en el suelo.

—¡Jamás! esclama Lázaro, se dirá que un servio ha faltado á los deberes de la hospitalidad.

Habiendo dicho esto, coge á Janka y la degüella como á un cordero. ¡Oh! quién podrá describir la cena del extranjero.

Lázaro se duerme, y á la media noche oye al extranjero que le llama y le dice:

—Levantate, Lázaro, yo soy el Señor tu Dios. La hospitalidad serva ha quedado sin mancha; tu hija ha resucitado y la abundancia está en tu casa.

Vivan largos años el rico Lázaro, la bella Luibitza y Janka de los cabellos ensortijados.

